

LECXIA FENRIRA

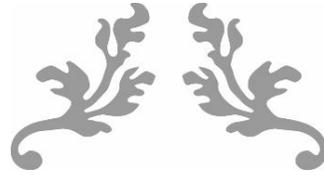


JUGUETES

Protos



DOS REBELDES SUMISAS
Y UN DUEÑO



JUGUETES ROTOS

Dos Rebeldes Sumisas y un Dueño



Por **Lecxia Fenrira**

© Lecxia Fenrira 2020.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Lecxia Fenrira.

Primera Edición.

Dedicado a Lucy, Laura, y Rayne

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> **[Haz click Aquí](#)** <--

[La Bestia Cazada](#)

[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)



~~2,99€~~

Gratis

--> **www.extasiseditorial.com/amazon** <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

I

Todo estaba en silencio, a excepción del sonido de la bofetada que ella recibió. La piel le quedó roja y ardiendo, sin nombrar la humillación que sentía por dentro. Tenía ganas de desaparecer, de morirse quizás. Pero estaba ahí, de pie, estoica como una de sus heroínas de libros.

Su madre la miraba del otro lado, con gesto reprobatorio y también condenatorio. Pero, en su otra mano tenía un vaso de cristal repleta de whisky. Después del golpe, ella se quedó tambaleando un poco, la propia embriaguez la había dejado un poco atontada. Boba.

Luego, se echó en el sofá que estaba allí, cerca de su humanidad alcohólica. Quedó tumbada y volvió al ritual de beber como si no hubiera un mañana.

En ese momento, miró de nuevo a esa chica que aún estaba de pie allí, junto a ella. Trató de ignorarla, pero su presencia la interrumpía, la hacía sentir incómoda y con ganas de despecharla lo más rápido posible para no tener que lidiar con su presencia.

—Vete.

—¿Por qué me has pegado?

—Porque me ha salido de los cojones.

—Ya.

—Vete.

—Ojalá te ahogues en mierda.

La mujer se quedó mirándola con desprecio, con un odio potente, pero no hizo nada porque aún estaba demasiado ebria como para coordinar de nuevo esos movimientos rápidos y violentos. Así que prefirió beber más y más hasta quedarse aplastada en la silla, sin más.

Scarlett era una chica demasiado consciente de su realidad. Desde que tenía uso de razón, su casa era epicentro de violencia y odio. No conocía nada más fuera de eso. El amor, la amistad o el cariño eran sentimientos que no tenía certeza de qué eran.

Vivía con su madre, una evidente alcohólica empedernida que no concebía otra cosa que beber hasta el descontrol. Aunque, lo verdaderamente insólito era el hecho de que fuera una mujer con poder. Era, de hecho, una tía dueña de una empresa que facturaba miles de miles de dólares semanal. Así que el dinero no era un problema. Lo demás, sí.

Su padre las abandonó por una tía 10 años menor que él, y sus hermanos mayores aprovecharon también la situación para irse tan lejos como les fuera posible. Como era una cuestión de supervivencia, cada quien tenía que hacerse responsable por su propia existencia. Y nada más.

Ella se quedó sola con su madre y pensó que tendrían una bella oportunidad para tener una relación más o menos estable, quizás armoniosa. Sin embargo, estaba lidiando con una mujer a quien habían dejado, abandonado y, al parecer, no podía actuar de otra forma.

Scarlett creció con la esperanza de que algún día las cosas iban a mejorar de manera paulatina, quizás cuando ganara más edad. Pero los años pasaron, las peleas también, los reproches, los maltratos y su madre más bien estaba dando muestras de tener el corazón cada vez más y más duro.

Ella, al final, optó por tirar todo por la borda y por renunciar a los intentos de insistir con el

tema. Su madre la odiaba y tenía que ser sincera al respecto. Escondarse detrás de la esperanza era absurdo, así que le tocaba afrontar la situación de la mejor manera posible.

Entonces, según su mentalidad y quizás practicidad, le pareció que lo más conveniente era el tratar de encontrar un poco de amor o aceptación por parte de otras personas. Estuvo consciente de ello justo en el momento en el que estaba entrando en la adolescencia. Se quitó a sí misma la venda de los ojos y se aventuró a probar con un poco de suerte. Quizás, lograría encontrar un poco el afecto que le habían negado desde hacía mucho tiempo.

Su escuela secundaria fue su campo de juego. Aunque era una chica de primer año, se sentía valiente con el hecho de poder compartir tiempo con los chicos mayores, con esos que compartían el tema de las fiestas y quienes solían fumar a la salida como un acto supremo de rebeldía.

Gracias a esas andadas, aprendió a encontrar ropa pija y a buen precio, a tomarle gusto a Cigarette After Sex y Joy Division, y que el cuero y el jean roto serían sus prendas favoritas con el paso del tiempo.

Para celebrar su nueva identidad, decidió cortarse el cabello bien corto, lo cual su melena negra sería una cosa del pasado, lo cual serviría para resaltar sus ojos grandes y negros. De igual manera, acentuaría sus pómulos angulosos y la estructura ósea de su cuerpo, la cual era larga y delgada pero pequeña.

De resto, poco a poco su personalidad comenzó a endurecerse en serio. Ya no sería de todo, ya no todo le causaba gracia o sorpresa. Esto se debió, sobre todo, a los sobresaltos que le había dado su madre a medida que ella crecía y se hacía nota como una chica que no le importaba mucho la opinión de los demás.

El verla en vaqueros rotos, botas de combate o zapatillas deportivas, con el cabello inusualmente corto para una chica de su edad, le llamó la atención lo suficiente como para atreverse a hacerle comentarios invasivos y ofensivos. Eso bastó para que Scarlett aprendiera a no prestarle atención a esas opiniones venenosas.

Sin embargo, de las ofensas no faltó muy poco para las agresiones. Primero fueron los roces invasivos, luego los toqueteos y finalmente las bofetadas. A veces surgían a raíz de discusiones tontas, pero eso era más que suficiente para que la agresión se manifestara de un momento a otro. Sin aviso.

Para esos momentos, ya había encontrado un par de noviecitos. Un chico que estudiaba con ella y una chica que a veces le servía para hablar sobre sus problemas sin sentirse juzgada. Era obvio que eran relaciones turbias y a veces problemáticas. El chico estaba obsesionado con ella y la chica, por otro lado, sólo la buscaba para tener sexo.

Entre tantas desventuras de Scarlett, ella perdió la virginidad con un tío mayor que ella, que se hacía pasar por un gran latin lover, pero que realmente era un patán de primera.

Después de joderla, de romperla, se dedicó a decirle que su vida era una seguidilla de malas decisiones que debía solucionar rápidamente.

—Mi lógica me dice que no estás haciendo las cosas bien. ¿Todavía sigues viviendo con tu madre? No, no, no. Tienes que irte de allí, salirte de ese círculo. Estás perdiendo el tiempo.

El tío siguió con una letanía que parecía que no iba a terminar nunca. Las palabras no dejaban de salir de su boca y ella realmente estaba obstinada de tener que escuchar todo ese conjunto de tonterías.

No lo vio más, pero no ser más una virgen, fue más que suficiente como para atreverse a involucrarse con cualquier tipo de persona que le diera un mínimo de amor. Para ese momento, también confirmó que sentía atracción por las chicas y que, de vez en cuando, se sentía más

cómoda y hasta querida por ellas.

Los hombres le gustaban altos, fornidos y de cara cuadrada, de voz grave y bien vestidos. En el caso de las chicas, las prefería femeninas, dulces e inteligentes. Se sentía aplastada por alguna que tuviera también buen carácter. Le resultaba atractivo y demasiado atrayente.

Entonces, iba de un lado al otro, ondeando entre los hombres, las chicas y el deseo que le despertara alguna. Eso, además, la ayudó un poco a lidiar las situaciones en su casa, aunque estaba desesperada por encontrar alguna alternativa ante todas las broncas y situaciones que estaba lidiando a la vez.

II

—Ingrid, querida, trata de sentarte mejor. Tienes una postura pésima. Anda, hija, colabora un poco.

A mucha distancia del caos familiar de Scarlett, estaba Ingrid. Una chica que sentía que vivía fingiendo que tenía una vida familiar feliz. De hecho, sus padres y hermanas mayores, gente de alcurnia, realmente vivían escondidos de la apariencia, la cual servía para tapar lo que realmente había detrás: cocainómanos, adictos al trabajo y ausencia.

El dinero no era problema, es más, podía pedir cualquier cosa y se le haría realidad a la rapidez de un chasquido. Pero, dentro de todas las cosas posibles, no podía obtener un poco de normalidad y cariño. Parecía imposible.

El consuelo era que al menos podía pretender que su estaba feliz, que su madre realmente le prestaba atención o que sus hermanas eran verdaderas hermanas para ella, sobre todo en esos días en los que debían sacarse fotos familiares. Aún trataba de entender la razón de toda esa logística.

La costumbre era transformar esas imágenes en postales para esos miembros que no vivían cerca. Así que era una especie de recordatorio de que estaban bien y, de paso, más que felices. Cosa que no era cierta.

Ella se sintió realmente mal por todo lo que estaba pasando, sobre todo porque sentía que quería a su familia, pero todos estaban demasiado ocupados como para darle un poco de atención. Estaba cansada de lo mismo. Realmente cansada.

Creció alrededor de lujos y marcas, de coches de lujo, de ropa de diseñador y de comidas caras. Las apariencias eran todo.

Eso se potenció además por el aspecto físico que la chica tenía. Era alta, blanca, de figura de modelo, rubia, de cabello largo y ojos cafés. Sus labios finos, pómulos suaves y mejillas rosadas. Parecía una ninfa hermosa.

Sin embargo, esa belleza física contrastaba con una timidez suprema. ¿Hacer amigos? Un verdadero tema, más aún si era un tema de encontrar una pareja, eso que estaba de moda entre sus compañeras de estudio.

La presión social era enorme, sobre todo porque su familia era una de las más recurrentes en las páginas de sociales de la prensa rosa. Los Smith eran flamantes, elegantes y siempre felices. Los modelos para la sociedad.

Ingrid estaba pensando en que quería renunciar todo aquello, necesitaba encontrar algo, una especie de fuerza que la impulsara a tomar la decisión de una vez por todas. Eso era particularmente difícil cuando se estudiaba en una institución privada y de niños ricos.

Sin embargo, un día, decidió que iría sola para el instituto, aprovechando que su familia, para variar, no le estaba prestando atención.

Comenzó a caminar un día de frío, estaba comenzando el invierno y tenía sus manos metidas en el abrigo. Iba caminando con la mirada hacia adelante y preguntándose una y otra vez, qué podía hacer para cambiar su vida por completo. Estaba ansiosa por direccionar su vida y quería darle un vuelco a esa burbuja que la tenía encerrada y triste.

Entonces, vio a un grupo de chicos en la esquina de una cancha de tenis. Tendría más o menos la misma edad que ella, pero lucían muy diferentes. Vaya que sí.

Tenían chupas de cuero, peinados altos y de colores, plataformas y maquillajes extremos. Ellos representaban todo lo que era políticamente incorrecto para sus padres y eso le pareció encantador y hasta fascinante.

Trató de no pasar frente a ellos, de no interrumpir su sesión y de irse rápido para no llegar tarde. Sin embargo, más nunca olvidaría esos rostros de quienes parecían desafiar el sistema de manera tan abierta.

Lo cierto es que cada día que pasó, declinó que la llevaran para que pudiera ir sola al instituto. Hasta que un día se atrevió a acercarse a ellos para preguntarles algo.

—Eh, ¿tenéis fuego?

Los chicos se quedaron sorprendidos por aquella pregunta, y más por quien la hizo. Una chica alta, hermosa y con el rostro perfecto. Alguien que en términos generales no tenía nada en común con ellos, pero que demostró que las apariencias le daban muy igual.

—Sí, tía. Tenemos.

Ella sacó un pitillo que le había robado a una de sus hermanas y se acercó con la intención de encenderlo. En cuando escuchó el papel consumiéndose, hizo una calada y se echó para atrás. El humo salió de su boca de manera sensual y lenta. Los chicos se quedaron sorprendidos por la forma en que ella se movía, por la forma en cómo actuaba tan natural.

—Gracias, eh. Espero que no les moleste si me quedo con ustedes. Es que estoy harta de la escuela.

—¿Una tía como tú harta de la escuela? Joder, eso no te lo creo. Te ves tan buena, incapaz de romper la vajilla.

—Verás, esas son tus impresiones. Y si nos basamos en eso, he venido aquí para pedir fuego y tú has sido uno que ha comenzado a temblar de miedo.

El resto del grupo le hizo burla al amigo y eso bastó y sobró para que todo el ambiente se sintiera más entretenido y menos tenso.

—Vale, ¿e irás a la escuela?

Esa pregunta le dio la sensación que le iba a dar pie a una invitación. Así que Ingrid terminó de fumarse el cigarrillo y pensó que no tendría sentido sentarse en un pupitre escuchando cualquier cantidad de tonterías que sabía que no le interesaba en lo absoluto.

—No, qué va. No tengo nada mejor qué hacer. De hecho, estoy aburrida. ¿Qué harán ustedes?

Los chicos del grupo se quedaron pensando y acordaron hacer una colecta para comprar más cigarros, gaseosas y unos cuantos dulces para comer luego. El plan original era ir a uno de los parques que estaba cerca de allí y en el que podían estar.

Ella se animó de inmediato porque fue sentirse casi como romper las reglas, con la intención de saber lo que realmente era vivir. Estaba emocionada y estaba ansiosa por saber qué otras cosas podría encontrarse.

El hecho es que, en efecto, fueron a una tienda de abarrotes, compraron litros y litros de Coca-Cola y paquetes de Doritos, paquetes con bacon frito, tortillas fritas y demás alimentos ideales al crecimiento de cualquier adolescente. Para terminar, unos cuantos paquetes de cigarrillos mentolados que eran los favoritos de los chicos.

Salieron de la tienda y comenzaron a devorar los paquetes con suma ansiedad. Ingrid estaba divertida y también curiosa por conocer cómo la gente de su edad se divertía de verdad. Lo cierto fue que estaba impresionada, porque los chicos de su entorno sólo hablaban de tenis y de ir al

club. Nada más aburrido de ello.

Sin embargo, estaba con gente con la que quizás nunca se hubiera imaginado estar y ese encuentro le hizo sentir que la informalidad era posible y que el verse tan acomodados sólo era una cuestión de apariencias.

Llegaron a uno de los parques y comenzaron a hablar sobre la escuela, los amigos y lo fastidioso que eran las tareas. Ella, como siempre, estaba en silencio, observando de todo lo que estaba sucediendo.

El día y la tarde pasaron de rápidamente. Luego del parque, se colaron a un centro comercial para correr por allí y finalmente decidieron visitar a un acuario. Ella nunca había ido a un sitio así.

Todo se veía tan lindo y tan cristalino, tan frágil y hermoso. Ingrid se acercó a uno de los estantes, uno en donde estaba nadando un cardumen de manera armoniosa, casi como si fuera un baile.

Ella sonrió y por fin se sintió más libre que nunca. De hecho, no tuvo ganas de regresar a casa, el deseo de quedarse un rato allí, era más fuerte que nunca. Sin embargo, no podía retar demasiado a sus padres ni a sus circunstancias. Como se trataba de una experiencia nueva, no quería pasarse de lista.

El hecho fue que el término de la reunión fue en la misma plaza en el que se habían visto la primera vez. Los cinco chicos le prometieron a Ingrid que regresarían al día siguiente, pero en la tarde. Así que ella accedió a verlos y a intercambiar números.

Allí empezó la amistad de los outsiders de la plaza e Ingrid, la chica rubia y alta que parecía ser la pieza que no tenía nada que ver con ese grupo, pero que de alguna manera se veía muy bien. Pero lo más importante, al menos para Ingrid, era el sentirse libre y tranquila.

Poco a poco, la influencia de sus nuevos amigos también comenzó a manifestarse. Por ejemplo, un día optaron por hacer algo loco y diferente. Ella estaba dispuesta a cruzar sus propios límites y los de su familia, así que decidió que se cortaría el cabello.

—¿Qué? ¿Pero estás segura? ¿No sería un cambio demasiado radical para ti?

—Sí, tía, tampoco tienes que ser tan extrema. Con pintártelo un poquitín, ya tenemos. Un rosita, un azul. Algo simpático para ti.

—Sí, sí. No lo hagas, es probable que te metas en un lío en la escuela, eh.

Ella estaba de oídos sordos. Había tomado una decisión e iría a por ella sin que le importara la opinión de los otros.

Escogió al azar una peluquería que no estaba muy lejos de allí. En cuanto entró, fue normal que la gente se escandalizara con la presencia de esos chicos que parecían verdaderos inadaptados. Entonces, se sentó en una silla y tomó una revista que no estaba muy lejos de allí. Comenzó a ojearla hasta que encontró un corte que le llamó la atención.

—Quiero este —le dijo a la estilista que estaba allí, mirándola, con cara de horror.

—Mi niña, ¿pero estás segura? ¿Esto no te parece un poco extremo?

—Por eso, quiero probar con algo diferente.

La mujer se desapareció porque necesitaba preguntarle a la dueña, aun cuando la chica tenía el dinero suficiente y cuando se trataba de un acto que no necesitaba de un adulto. Lo cierto fue que ella esperó un rato largo, hasta que la mujer pareció con la misma cara de horror, quizás esperando que ella declinara, pero Ingrid estaba lista.

La tía puso las manos sobre las tijeras y ahí comenzaron a caer los mechones de cabello rubio al suelo, como si fueran trozos delicados de tela.

Ella, mientras, se miraba fijamente al espejo para darse cuenta en cómo se transformaba su rostro y sus expresiones. Todo se veía tan increíble, que le costaba creer que fuera ella misma quien estaba allí.

Las cosas fueron evolucionando hasta que por sucedió el resultado final. Ingrid tenía el cabello corto, con un estilo tipo bob corto que la hizo sentir un poco más rebelde de lo que ya se sentía. Pero, para rematar un poco, se rapó un poco del lado derecho para llevarlo todo a un nivel un poco más elevado.

Se puso de pie y se sacudió el cabello que le había quedado en la ropa. Luego se volvió a mirar, para girar y ver a sus amigos. Ellos todos estaban fascinados y también sorprendidos. La cara de impresión fue increíble.

Lo cierto fue que ese día regresó a casa. Su madre en cuanto la vio, se le cayó una de las tazas que estaba preparando para el café de la tarde.

—Dios mío, Ingrid, ¿pero qué cojones que hiciste?

La chica no le dijo nada, ella más bien encogió los hombros y fue a su habitación durante los gritos y los reclamos de su madre.

Así pasaron los días, y la compañía de sus nuevos amigos la había transformado por completo. Poco a poco estaba quedando atrás la imagen de niña buena, de chica bien portada, para dar paso a toda una rebelde.

Incluso, para la misma época, se dio la conversación sobre un tema que fue más o menos interesante y un poco intimidante para ella. Tenía que ver con el hecho de descubrir su sexualidad.

Durante muchos años, pensó que el sexo era una especie de monstruo que devoraba las cosas o algo así. Temía enormemente caer en ese lugar porque no sabía cómo se iba a desenvolver, sobre todo cuando se dio cuenta de algo importante: también sentía atracción por las mujeres.

Escondió este hecho muy profundamente, sobre todo, porque provenía de una familia que tenía la absurda idea de que los homosexuales —así como cualquier persona del colectivo- era de esa manera porque era moda y nada más.

Sin embargo, ese no fue el caso de Ingrid, ella sentía atracción por los chicos y las chicas, así que trataba de entender esa situación lo mejor que podía.

Hubo una fiesta en su instituto. Ya para ese momento, estaba muy cerca de graduarse, así que había tomado la decisión de asistir a esos eventos que siempre le parecieron cualquier cosa. Estaba en la onda de vivir esas cosas de chicos.

Para esa noche, tenía un vestido color melón y para ese momento el cabello ya lo tenía un poco más largo, para alivio de su madre. Pero la situación había sido más o menos lo mismo. Ya ella era una chica que ya era más diferente de hacía tiempo.

En ese momento, mientras estaba tomando una copa de ponche que sabía más a jugo de frutas que otra cosa. Así que estaba tratando de pasarla lo mejor posible, aunque quería irse de allí a beber cerveza y a comer pizza con sus amigos.

Sin embargo, entre las luces de Navidad y el playlist de canciones melosas, encontró un par de ojos azules a la distancia. Cuando enfocó con un poco más de cuidado, era una chica hermosa, una chica blanca, de cabello largo y negro y con una sonrisa en los labios.

Entonces se sintió un poco tonta y apenada. Ella estaba segura de que era una búsqueda de establecer una comunicación, así que se apresuró en beber el resto del ponche y un poco más para ver si era capaz de encontrar un poco de fuerzas para continuar.

Atravesó todo el lugar, el cual se trataba de un auditorio bastante amplio que usualmente era empleado para eventos como ese. Pero ese detalle era lo de menos, sobre todo porque ella

parecía estar hechizada por esa chica que nunca había visto.

A medida que se acercaba a ella, la chica parecía envuelta en una especie de aura hermosa y delicada, como si fuera un ser mitológico.

El encuentro para Ingrid fue ligeramente incómodo porque no sabía muy bien cómo flirtear, pero de todas maneras estaba cómoda y pensó que la mejor alternativa a la situación, era que las cosas fluyeran sin problema.

—Esta fiesta está aburrida, ¿no te parece?

—Sí, desde hace rato.

—¿Por qué no nos vamos de aquí?

—Vale, ¿pero no vienes con alguien?

—Eh, sí, con una amiga, pero ella está demasiado entretenida con sus amigos y me dejó sola aquí, bien varada.

—Ah, vale, entonces que no se diga más. Vámonos.

A ese punto, se sintió mucho más valiente que en toda su vida. Casi como si fuera una valquiria. Dejó la copa del ponche, se llevó un abrigo consigo y salió a la noche que estaba un poco más fría de lo normal.

Sin embargo, ella no podía evitar sonreír como una tonta al encontrarse con una persona como ella, quien le brindaba una seguridad enorme. De hecho, no sentía la necesidad de fingir ni de pretender ser alguien. Eso la hizo sentir más cómoda en su piel.

Lo cierto fue que caminaron por un largo rato hasta que se echaron sobre el césped en un campo amplio de fútbol. Estaban entre las risas y la complicidad, hasta que finalmente se miraron el silencio e intercambiaron un montón de información. Como si no hiciera falta decir algo más.

Se tomaron de las manos y se miraron un poco más como con la intención de prometerse cosas y fue allí cuando Ingrid tuvo su primer beso.

Nunca imaginó que se trataría de una situación como esa. Una pasión, una tensión, una lujuria que le nacía en las entrañas y le crecía por todo el cuerpo. Sus piernas, sus manos, hasta su pelo estaba ardiendo. Era fuego.

Entonces, eso bastó para acercarse más, para buscar más a esa chica que cuya boca le sabía a dulce. Se la comió entera y los gemidos de las dos no se hizo esperar en ningún momento. Fue obvio que había un poco de euforia y de entusiasmo real. Estaba descubriendo la potencia de su sexualidad y de las maravillas que la hacía sentir.

Siguieron besándose casi con frenesí hasta que se echaron sobre el césped y decidieron seguir con lo propio, bajo la luz de las estrellas de ese amplio cielo.

Todo se volvió rápido y más intenso, al punto en que sintieron que las ropas les impedía tocarse con un poco más propiedad. Ingrid se quitó lo que tenía puesto, así como su acompañante. Sin embargo, fue la primera vez que sintió que no sabía muy bien qué hacer porque para ella ese mundo era completamente desconocido.

Se sintió entonces un poco torpe, pero la chica que estaba acompañándola la hizo sentir un poco con más de confianza. De alguna manera, todo fluyó con una naturalidad inesperada y deseó que todo se diera de esa manera.

Quizás el momento más increíble fue cuando sintió que ella juntó un par de dedos para adentrarse en ella. Pareció que ese fuego se avivó mucho más y eso bastó para que la situación se tornara más sensual de lo que había imaginado.

Siguió dentro de ella, mientras sus bocas y lenguas seguían moviéndose lentamente, al compás de un deseo que parecía que no tendría fin.

Esa noche, Ingrid Smith terminó por gritar en medio del campus al expresar que era había alcanzado un orgasmo poderoso y también delicioso. Quedó echada sobre el césped, rendida y cansada, pero más feliz que nunca.

Su compañera, quien se sintió inmediatamente encariñada con la chica, corrió a su lado para tomarle la mano y acariciarla un rato. Estaba feliz de estar con una persona como ella.

Se quedaron allí por un largo rato, incluso cuando poco a poco comenzó a asomarse el destello del amanecer que despuntaba. Los brillos del sol estaban ya reflejándose en las gotas de rocío del césped y también de los árboles que estaban alrededor. A lo lejos, el canto de los pájaros fue suficiente como para que las dos despertaran de ese sueño.

Se despidieron con un beso en los labios, sabiendo que nunca más se verían pero que al menos habían pasado la noche más dulce que habían experimentado. Así que ella, terminó por ponerse el vestido y el abrigo, caminando por la calle cuando apenas el resto estaba despertando. Ella, en cambio, lucía más feliz y realizada que nunca.

Llegó a casa justo cuando su madre estaba preparándose el café de la mañana. La vio llegar y la interceptó para interrogarle. Le dijo que era la oveja negra, que era una descarriada y que su familia sufría por sus acciones.

Ingrid, sabiendo el nivel de manipulación de ella, sólo asintió y fingió arrepentimiento, a pesar que por dentro, aún podía saborear el dulce del coño de su primera amante.

Subió a su habitación para quitarse la ropa húmeda, cambiarse e ir al baño para tomar una ducha. Tenía una sonrisa amplia y conforme. Su piel parecía sentirse más suave, más delicada. Todo lucía color de rosa.

Lo cierto fue que, a pesar de la enorme alegría que sentía en ese momento, se dio cuenta que, si de verdad quería ser feliz, tenía que hacer lo que fuera para irse de ese lugar. Así implicara los sacrificios que implicara. Estaba lista.

III

—¿Qué tal si vamos a un festival esta noche?

Le dijo uno de sus amigos a Scarlett quien tenía una expresión notable de hastío y de tristeza.

—Será divertido. Habrá cerveza, comida y chicos o chicas guapas, eh. Piénsalo —el amigo insistía porque moría por verla un poco más animada.

—¿A qué hora es?

—Si quieres vamos saliendo ahora para encontrarnos con el resto y así ir adelantando ese temita. ¿Qué te parece?

—Vale.

Le dio un abrazo de lado y se subieron a un viejo Corvett rojo que ya estaba bastante gastado por el uso y el abuso. Entonces, en la noche, ese momento fue uno de los mejores para ella porque se sentía más libre que nunca. Como si el resto no tuviera el más mínimo de importancia.

Sacó su mano de la ventanilla y dejó que el aire corriera entre los dedos. Cerró los ojos y experimentó la libertad que era la velocidad. Había algo en ella, una especie de magia que le daba una sensación agradable en el rostro, en la sangre y en el resto del cuerpo. Esos momentos le hacían sentir un poco más viva y tranquila con sus emociones.

El tío dio más vueltas buscando a los amigos y todos se reunieron en onda de fiesta. Eso fue más que suficiente para Scarlett quien buscaba una manera de olvidar, al menos esa noche, que su madre le había dado un par de bofetadas más.

El festival de música punk y rock era uno de los eventos más esperados de la ciudad, porque servía como mostrador de nuevas bandas que estaban buscando abrirse paso en una industria que podría llegar a ser bastante ingrata.

Scarlett se bajó del coche causando impacto por su look. Tenía una falda de cuero, una chupa de jean oscuro, camiseta negra y unas Dr. Martens de color bordó que pagó gracias a esas veces que le robaba la tarjeta de crédito a su madre. Estaba segura que no le iba dar mucha importancia porque lo tomaba como una especie de retribución por todos los daños que había sufrido alguna vez por su culpa.

Se abrió paso entre la gente ella ya estaba en la zona. La música, el alcohol y los cigarrillos ya estaban en el sitio. Era una linda forma de celebrar sus 18 años.

A no mucha distancia de allí, Ingrid hacía lo mismo, pero con su grupo de gente. Tenía unos jeans pitillos, unas botas de combate, una camisa de cuadros a lo grunge y una camiseta ajustada debajo. Tenía el cabello suelto, rebelde y unos lentes de ver que olvidó dejar en casa y que a veces usaba para leer.

También estaba entusiasmada, sobre todo porque tenía ganas de encontrarse a uno de los chicos de su banda favorita. Estaba lista para entregarse a una buena noche de sexo y no podía esperar por la emoción.

Cada vez estaban congregándose más y más personas, así que ambas estaban entre sus grupos para no perder la oportunidad de perderse. La noche estaba a punto de comenzar.

Scarlett estaba fumándose un pitillo cuando vio algo de reojo. Al principio pensó que quizás se

trataba de una especie de ilusión, algo que sólo había sido producto de su mente. Sin embargo, tras una calada, miró a la persona que estaba allí y resultó ser una de las chicas más hermosas que había visto.

Era larga, espigada, rubia, con esa camisa de cuadros de color rojo atada en la cintura. Tenía el cabello recogido en una pequeña cebolla y tenía la vista fija al escenario. De hecho, parecía alguien que estaba atenta por una persona en particular.

Scarlett, sin embargo, era el tipo de chica que cuando veía algo y lo quería, lo tomaba para así sin importar las consecuencias, así que estaba lista para hablar con ella, así implicara un esfuerzo muy grande.

Así que, para tomar un poco de fuerza, se adelantó un poco para buscar algo para tomar, un shot de ron que le quitó a uno de sus amigos, y fue hacia esa modelo de revista. Quizás como si estuviera en un sueño, a medida que se acercaba no podía dejar de pensar que esa chica era realmente bella.

En ese momento, Ingrid estaba demasiado concentrada en el grupo que se estaba presentando en el escenario. No estaba ni siquiera atenta ante la chica que se le estaba acercando con esa actitud fatal y tan resuelta.

—Eah, buen toque, ¿no?

Ingrid se sintió intrigada por dónde venían esas palabras, hasta que se encontró con esa chica que le estaba hablando con una sonrisa. Tenía una falda de cuero y esa chupa de jean roto que la hacía ver como si fuera toda una rocker.

A pesar que estaba acostumbrada a que la abordaran de esa manera tan sorprendente, no se esperó que quien le hablaba se tratara de alguien que luciera tan atractiva y hermosa. Así que, de una vez y de manera casi definitiva, se percató que lo mejor era descartar la idea de relacionarse con el tío de la banda y seguir la conversación con quien le estaba hablando.

—Me gusta tu falda, ¿cómo te llamas?

—Scarlett.

—¿Cómo la chavala de la película?

—Sí, como ella misma. Bien de drama, ¿no te parece?

—Me encanta, creo que podríamos ir a otro lado para que hablemos mejor de esto, ¿no te parece?

Las dos se fueron por unas pintas de cerveza y en el camino, también aprovecharon para besarse con descontrol. Sus manos iban por sus cuerpos casi de manera salvaje, y sus lenguas estaban entregándose entre sí, lo mismo que sus labios.

Scarlett confirmó que la chica era simplemente perfecta. Ingrid, no pensó que se sentiría tan poderosamente atraída por una chica como ella, con esa fuerza y con ese ímpetu que parecía manifestarse en todas partes.

Luego de ese toque, las dos se perdieron, lo cual no sería de extrañar para el resto de sus amigos, quienes la veían como un dúo que era capaz de lograr cualquier cosa sin que importara nada más.

Aunque ese primer encuentro, sin duda, había sido bastante explosivo, eso bastó para que se dieran cuenta que también tenían otras cosas en común. Por ejemplo, ambas venían de familias disfuncionales que parecían no tener problemas con el dinero, pero sufrían de un maltrato sistemático que era terrible y penoso.

—¿Qué tienes en el rostro?

—Nada, no es nada —respondió Scarlett con pena.

—Déjame ver, eh.

Ingrid se dio cuenta que no sólo tenía una marca en una de sus mejillas, sino también había rastros de otros maltratos que aún estaban en la piel.

—¿Quién ha sido?

—Mi mamá.

—Scarlett... Pero eso está gravísimo, ¿no has intentado denunciar?

—¿Para qué? No tiene sentido. La verdad es que no le importamos a nadie.

Scarlett se quedó en silencio porque recordó, una vez más, que estaba en una situación de gran vulnerabilidad. Por otro lado, Ingrid estaba pensando que lo mejor que podía hacer era estar con ella para consolarla y hacerla sentir bien, tanto como le fuera posible.

Si bien los maltratos de Scarlett estaban escalando en cierto punto, lo verdaderamente grave estaba esperando a Ingrid a la vuelta de la esquina. Al parecer, su familia podía tolerar la idea de que ella se vistiera como punk, que se cortara el cabello o se lo pintara de todos los colores, pero el verdadero pecado mortal era esa locura de relacionarse con una persona de su mismo sexo. Era una aberración imperdonable.

Su madre y una de sus hermanas llegaron a enterarse de casualidad, un día que la vieron por la calle intercambiando besos con Scarlett. Su madre entró en un estado de negación, incapaz de comprender realmente lo que estaba sucediendo.

No podía aceptar el hecho de que su hija fuera una descarriada, así que un día, al esperó para hablar con ella... O más bien amenazarla.

La discusión que se dio fue casi como la caída de una bomba atómica. Una catástrofe épica que no tuvo precedente alguno. De hecho, lo único que se llegaba a escuchar eran los gritos de reproche de una y de la otra. Esa también una buena oportunidad para ella para vomitar todo el resentimiento que tenía por dentro.

—Nunca has sido un orgullo para nosotros. Siempre has sido problemática, obstinada sin razón y con una actitud de mierda que sólo hace que sintamos vergüenza de cómo nos sentimos al respecto. Es obvio que la gente te ve y sabe de inmediato que no encajas con nosotros.

Ingrid sabía a la perfección cuáles eran los verdaderos sentimientos que tenían su familia con respecto a ella. Sin embargo, era mucho más doloroso saberlo de esa manera porque significaba estar mucho más consciente de la situación. De hecho, fue casi como sentir un choque frente a su rostro. Sin poder evitar las consecuencias.

Entonces, se quedó de pie, todavía procesando todo lo que acababa de escuchar. Su madre se quedó a la expectativa de otro intercambio de palabras.

—Es mejor que pienses bien lo que harás después. No quiero pasar más vergüenza de lo que ya estoy sufriendo. Es detestable.

La mujer no paró de escupir cualquier cantidad de insultos ni de palabras hirientes. Ingrid, a cambio, no podía moverse de allí. Estaba asqueada al punto de que sus pies estaban soldados sobre el suelo. Le hizo imposible. El corazón lo tenía terriblemente roto.

Después de unos eternos 30 minutos, ella fue hasta su habitación, con el horror en el pecho y con unas ganas horribles de llorar. Sus lágrimas comenzaron a caer luego de una hora en que se encontraba en shock. Ya no podía más.

Los días fueron terribles para Scarlett e Ingrid. Los maltratos se hicieron más frecuentes, física o emocionalmente eran tan desgastantes que estaban al borde del colapso.

Scarlett tomó uno de los coches de su madre para ir a buscar a Ingrid para celebrar su cumpleaños. Ella estaba decidida en hacer lo posible para que ese día realmente fuera divertido y

emocionante.

Recogió a su chica cerca del parque y luego de darle un beso apasionado, las dos comenzaron a dar vueltas por la ciudad, mientras hacían un poco de tiempo para luego ir a comer. Scarlett había robado una tarjeta de crédito de su madre para llevarla a un restaurante de sushi, uno de los más exclusivos de la ciudad.

Llegaron y pidieron sake frío y comenzaron con un gyozas y demás entradas de origen japonés. Scarlett estaba decidida de darle una noche diferente. Sin embargo, Ingrid estaba un poco distante, más bien pensativa.

—¿Estás bien? ¿Te gustaría beber otra cosa?

—No, no. No es eso, lo que pasa es que cada vez me siento más harta de la situación en mi casa. Mi mamá me dijo un montón de cosas horribles, y yo siento que no puedo más. Pero, ¿cómo has estado tú con esa situación? ¿Ha mejorado un poco la situación?

—Realmente no. Mi mamá esta igual, aunque se pone peor cuando bebe. Parece que saliera un demonio o algo así. No te voy a negar que me da un poco de miedo, pero estamos aquí para celebrar tu cumpleaños. Hoy es un día muy especial.

Ingrid fingió una sonrisa y la velada siguió hasta que uno de los mozos trajo consigo una tarta de chocolate con una vela de esas que centellean como si fuera una luz de bengala. La mirada de Ingrid fue de genuina sorpresa y su sonrisa fue tan amplia porque genuinamente estaba contenta por olvidar por un momento que su vida, en términos generales, era una mierda.

Luego de quedar repletas, Scarlett llevó a su novia a un hotel, pero no cualquiera, sino uno de los más bonitos de la ciudad. Tenía ganas de hacerle el amor y de que ella se sintiera cómoda y feliz.

Apenas llegaron, comenzaron a quitarse la ropa y a besarse, pero a pesar de que había pasado una noche increíble, Ingrid estaba aún pensativa y taciturna.

Luego de haberse comido prácticamente con desesperación y pasión, Scarlett se arrulló entre los brazos de Ingrid, mientras ella, incapaz de dormir, tenía en mente una idea que había pensado desde hacía rato. Y ahora, que no podía escapar o distraerse al respecto, se recordó a sí misma que ya tenía 18 años y que era momento de tomar una decisión lo más pronto posible.

En los días siguientes, la situación no pareció cambiar demasiado. Sin embargo, Ingrid comenzó a poner en marcha un plan que luego le compartiría a Scarlett. Así que, antes de decirle algo, se preparó todo lo que pudo: dinero, ropa, incluso comida, enlatados y galletas, algo que no le diera demasiados problemas para comer después.

Una noche había acordado verse con ella, entonces notó que eso fue el punto de quiebre. Scarlett estaba notablemente alterada, incluso temblaba. Sacó un pitillo y lo encendió con cierta dificultad, el pulso era bastante pobre.

—¿Qué ha pasado?

—Mi madre. No me hizo nada, pero la tía está delirando. El alcohol la tiene mal y ya me han llamado de su trabajo, la quieren destituir de su puesto.

—Dios mío...

—Estoy harta. Estoy harta. Esto me va a volver loca.

—Let, tengo algo que decirte. ¿Qué tal si huimos? ¿Qué tal si mandamos todo al demonio y nos olvidamos de todo lo que está pasando? ¿Qué te parece?

—¿Lo dices en serio?

—Lo juro, no bromeo. Tengo algo de dinero y comida. No es mucho, pero podemos resolver con algo. Lo cierto es que no podemos seguir así, tía. Nos van a matar de alguna manera. Es

horrible todo esto.

Scarlett encendió otro pitillo porque estaba un poco escéptica con lo que estaba escuchando, pero no podía esconder el hecho de que estaba entusiasmada por esas palabras. Estaría con la persona que más quería en el mundo, solas, buscando un nuevo rumbo. Olvidar todo sonaba bastante bien.

—¿Cuándo nos vamos?

La sonrisa de Ingrid fue lo que hizo falta para que el viaje comenzara de una vez.

Acordaron que se irían el fin de semana, así podrían aprovechar el tiempo suficiente para hacer compras que fueran necesarias y hacer las preparaciones pertinentes. El hartazgo de Scarlett era tal, que volvió a usar las tarjetas de su madre para retirar el efectivo que fuera posible y comprar la comida que pudiera. Al final, optó por llevarse uno de los coches, se le ocurrió la idea de cambiar las placas para despistar a algún poli que estuviera por allí.

—¿Qué tenéis?

—Un poco de pasta, creo que suficiente para alquilar unas habitaciones y también comida. Compré atún como para morir. Galletas, unas latas de Coca fríos y un bolso grande para guardar estas cosas y algunas de las prendas que tenemos por ahí. ¿Qué te parece?

Ingrid estaba tan entusiasmada que fue a los brazos de su amante para dedicarle un montón de besos y de abrazos. Estaba sintiéndose más valiente y segura de su decisión.

Así pues, las chicas estaban a punto de emprender un viaje que cambiaría su vida por completo y no tendrían idea de lo que encontrarían en el camino.

IV

El sonido de los zapatos estaba haciendo eco en el suelo de mármol de ese impresionante edificio. La gente estaba en silencio, puesto que lo único que verdaderamente se escuchaba, además de ese andar, eran los dedos que golpeaban los teclados de las computadoras que estaban allí.

Él estaba con el rostro tranquilo, severo, como siempre. Detrás, su asistente, un hombre notablemente más bajo en comparación de ese gigante rubio que parecía abrirse paso sin ningún problema. Era intimidante.

No se decían nada y quizás no les hacía falta todo aquello porque se habían acostumbrado a quedarse en silencio cuando iban a la oficina principal. Ya las conversaciones habían quedado saldadas algunas cosas interesantes, así que estaban allí para verificar unas cosas.

—Señor Buarque, los informes están listos en su oficina. Esperando por usted.

—Perfecto. Gracias... Ah, por favor, un poco de café no estaría mal. El día está un poco frío.

—Seguro, señor.

Lucien era un hombre de hábitos, así que el café era algo que no podía faltar en ningún momento. Formaba parte de su ritual de todos los días y eso cumplía un rol esencial para él, incluso, desde que tenía memoria.

Como muchos empresarios y colegas, él provenía de una familia poderosa, pero él se caracterizó por ser una persona que buscaba su propio camino al éxito laboral, así que dedicó años a estudiar y perfeccionar su intelecto, hasta que dio con el resultado que quería.

Era tremendamente apreciado en su familia, sobre todo por ser el menor de sus hermanos quienes, por cierto, también eran exitosos como él. Sus padres trataron de inculcarles la importancia de formarse y de mejorar cada vez que fuera posible.

Pero, como era de esperarse, no todo era sobre trabajo. De hecho, Lucien era un hombre que sabía compaginar aspectos de su vida que no parecían compatibles e imposibles, como los estudios o el trabajo, con el propio BDSM.

Ese mundo se le presentó a él durante la universidad y pareció encontrar esa pieza que le faltaba en su vida, esa misma que le ayudaba a estar más consciente sobre lo que podía obtener de sus perversiones y esa oscuridad que tenía desde hacía mucho tiempo.

Se sintió vivo, realmente vivo cuando azotó la primera vez a una chica. El poder escuchar ese gemido reprimido de dolor y placer, fue la respuesta que le confirmó que iba por buen camino y que, de paso, ya no había marcha atrás.

La emoción de descubrirse en un mundo completamente nuevo e interesante, le hizo reflexionar sobre lo que buscaba en la vida. Si bien era un alivio el haber hallado lo que realmente le gustaba, ahora tenía la duda de saber si podría encontrar personas como él.

Al principio, la situación fue un poco complicada, especialmente porque se sentía incómodo al expresar abiertamente sus sentimientos al respecto. Sin embargo, encontró un grupo de personas que, como él, no podía esperar por el momento de poder expresarse abiertamente sin que ello implicara un problema o juicios por parte de los demás.

Así pues, estaba en un grupo en donde se sentía respetado, admirado y también era capaz de aprender un montón de cosas gracias a la sabiduría de los demás, y no sólo por parte de los dominantes, sino también por las sumisas quienes le ayudaban a entender la psicología de las emociones de alguien que está en esa posición.

Gracias a ello, se convirtió en una persona mucho más detallista y comprensiva, también observadora y taimada porque, al final, no podía dejar que las emociones se desbocaran con ese brío descontrolado.

Sí, era divertido tener el control de todo, pero eso implicaba tener claro una serie de responsabilidades que no podían pasar debajo de la mesa porque, de lo contrario, la dinámica podría ser una verdadera porquería.

Con el paso del tiempo, gracias a las habilidades de observación y concentración de Lucien, se hizo un nombre dentro del grupo de la ciudad. De hecho, ganó una interesante reputación como uno de los dominantes más estrictos y exclusivos de la ciudad. Muchas querían con él, pero no todas tenían la facilidad de lograrlo.

Eso sí, no siempre tenía que ver con el tema del aspecto. Cualquiera pensaría que un hombre de 1.90, rubio, de ojos azules penetrantes y de actitud desafiante, sólo estaría interesado en estar rodeado de modelos y actrices famosas, pero lo cierto era que era receloso con la compañía en general.

Como vivía en un entorno de gente conocida y con cierta fama, sabía que tenía que cuidarse bien las espaldas. Y, más allá de eso, le aburría tener sexo vainilla con esas mujeres que no podían aguantar un trato ligeramente intenso. No tenía tiempo para ello.

Entonces, Lucien se hizo un hombre misterioso y también hermético, pero eso no tenía demasiada importancia porque su prioridad real era lograr ese nivel de estabilidad económica que le permitiera hacer sus juegos que lo hacían sentir tan bien.

A medida que su imperio se iba haciendo cada vez más y más grande e importante, logró adquirir varias propiedades como medida de inversión. Aunque la principal razón era encontrar un lugar para divertirse con las sesiones, sin perder la sensación de comodidad que tanto le gustaba.

Después de un tiempo, pudo encontrar a una sumisa quien, por cierto, no tenía nada que ver con el mundo en el que se desenvolvía, así que le daba una especie de respiro sobre todo en esos días en los que se sentía asqueado del círculo que se movía.

Lo que más le gustaba de los momentos que estaba con ella, era el hecho de poder experimentar el proceso de conocer y saber lo que le gustaba a la chica, para así, lograr un nivel de proximidad y complicidad que le hacía tan divertido.

La situación le tuvo entretenido por un largo tiempo, hasta que las cosas terminaron de una forma que no esperó. Ella le dijo que no estaba más interesada en seguir porque se estaba involucrando sentimentalmente y que prefería echarse a un lado. Lucien tuvo la sensación que quizás era una forma de saber si él sentía lo mismo, pero no, no fue así. De manera que se distanciaron y las cosas no pasaron más de allí.

De resto, sus relaciones eran esporádicas y nada emocionantes. A veces iban y venían, y si bien eso se ajustaba de alguna manera a su estilo de vida, no podía evitar pensar que estaba interesado en toparse con algo que realmente fuera emocionante, algo que representara un verdadero reto para él.

—Señor Buarque, bienvenido a la reunión.

—Muchas gracias.

El hombre se sentó en la silla de cuero, en una de sus favoritas porque lo hacía sentir cómodo, aunque su mente estaba ocupada pensando en qué podría hacer para divertirse un rato. Estaba esperando una oportunidad o un milagro.

V

—El coche está recalentado. De verdad no creo que vuelva a andar.

—Joder.

—Sí, ¿cómo vamos de pasta?

—Bueno, tenemos algo para pagarnos un sitio, pero no por mucho tiempo. Al menos tenemos un poco de comida, aunque tampoco es demasiado.

Fue la primera vez que Ingrid se sintió verdaderamente preocupada por la situación, a pesar de que no sentía que su decisión hubiera sido un error. Pero claro, pasar de tener todo a estar verdaderamente preocupada por dónde pasarían la noche, era un tema delicado y también que resultaba muy estresante.

Entonces decidieron que venderían el coche para tener un poco de pasta y así contar con algo, así fuera poco para comer y para quedarse en un sitio resguardadas. Pero, en ese punto, habría que pensar seriamente lo que podrían hacer porque había quedado más que claro que no se podían pasar la vida siendo Thelma y Louise.

Luego de que les dieran algo de dinero por el coche, las dos comenzaron a buscar un motel para quedarse durante la noche. El objetivo era claro, tratar de organizarse lo suficiente como para que pudieran establecerse.

Sin embargo, Scarlett e Ingrid, a pesar de sentirse listas para enfrentarse a cualquier cosa, debían estar conscientes de algo importante y tenía que ver con el hecho de que en el mundo existían problemas los cuales ignoraban de cierta manera.

Por ejemplo, un par de chicas como ellas, hermosas, solas y muy jóvenes eran excusas suficientes como para convertirse en objetos de deseo por parte de hombres, depredadores que estaban listos para devorar a esas chiquillas. Ya sea para robarlas o para hacerlas suyas a la fuerza.

Estaban, de paso, en uno de las zonas más lúgubres y peligrosas de la ciudad. En un sitio que ellas no conocían demasiado, pero que debían estar allí sobre todo si no querían regresar a la vida miserable que tenían.

—Voy salir a buscar un trabajo —respondió Scarlett un día.

—Debería hacer lo mismo.

—No, no. Déjame encargarme de eso. Es preferible que, al menos por ahora, una de nosotras encuentre algo.

—¿Estás segura?

—Claro que sí.

Scarlett tenía un carácter un poco más rudo y eso le servía para manejarse bien entre situaciones hostiles. Sabía que su chica no era así, por lo que tuvo que asumir la responsabilidad de la situación.

El hecho fue que estuvo preguntando en varios locales y no muchos dueños se sintieron cómodos con el aspecto rudo de la chica. Pero ella, siendo tenaz como lo era, no estaba dispuesta a dar marcha atrás. Estaba decidida a encontrar una respuesta positiva a como diera lugar.

Lo cierto es que llegó a un club de striptease con la esperanza de que le dieran un trabajo, así fuera de limpiar las mesas. No importaba, pero necesitaba un poco de ayuda al respecto porque estaba corriendo con el riesgo de que el dinero se agotara en cuestión de tiempo.

—¿Qué sabes hacer?

—Mire, no sé hacer nada, pero necesito el trabajo y ya no sé qué hacer. A nadie le gusta cómo me veo y me parece estúpido porque no tiene nada que ver con mi desempeño.

La mujer, una morena alta de pechos enormes, la miró con un poco de suspicacia, pero agradeció el hecho de que la chica fuera honesta, sobre todo en una época en donde la gente no tenía el mínimo reparo de ser transparente.

—Bueno, te pondré a atender algunas mesas. No es la gran cosa, la mayoría que viene sólo está pendiente de las chicas, así que más bien tendrás que llevar tragos y recoger vasos. El turno que te pondré será el de mañana y tarde para ver cómo te va. No te preocupes por las propinas, esas son tuyas. ¿Tienes alguna pregunta?

—Sí, ¿debo presentarme de alguna manera?

—Mmm, vaqueros y camiseta está bien. Nosotros te daremos un delantal. Eso sí, olvídate de ese maquillaje que tienes, hazte algo natural y más o menos limpio. El cabello lo tienes bien, así que no hay problema. Bueno, comienza mañana. Ven temprano.

Scarlett regresó al motel con una enorme sonrisa, e Ingrid decidió celebrar el hecho de una manera especial, comiéndole el coño hasta que la hizo correr una y otra vez.

La chica estaba un poco preocupada por cómo le iría en el lugar, pero se dio cuenta de que no había nada que temer, especialmente si hacía las cosas bien y en orden. Iba al trabajo de manera puntual, lavaba parte de su uniforme y se aseguraba de dar una buena atención, la mejor que fuera posible para ganar buenas propinas.

Ingrid, por su parte, estaba sintiéndose un poco encerrada, así que le propuso la idea a Scarlett de ir al buscarla al menos, con la intención de familiarizarse con el lugar y así perder un poco el miedo a salir.

Las cosas funcionaron por un tiempo, pero, como era de esperarse, un par de chicas hermosas y jóvenes es carnada para muchos tíos hambrientos.

Una noche, Scarlett se quedó un poco más tarde de lo habitual porque ya había dominado el arte de servir mesas. La gente ya la reconocía, aunque tuvo unos cuantos inconvenientes con un par de tíos que no parecían entender el “no” como una respuesta.

La situación no había escalado más que unos malos entendidos y, de hecho, su jefa consideraba que había corrido con suerte, a diferencia de unas chicas que trabajaban allí y que habían pasado por episodios realmente tormentosos y preocupantes.

Ella no le gustaba la idea de tener que renunciar a los beneficios que había logrado. Le agradaban sus compañeros de trabajo, su jefa le reconocía el esfuerzo que hacía y las propinas no paraban, por lo que no tuvo que preocuparse por temas de alquiler ni de comida. De hecho, estaba ahorrando para que ella e Ingrid pudieran mudarse en un lugar más seguro y adecuado para las dos.

El hecho fue que estaba en lo suyo, al punto de olvidar de avisarle a su novia que saldría tarde. Ese fue el desencadenante de múltiples de situaciones. Por un lado, Scarlett tuvo que lidiar con las molestias de un tío grande, gordo y con olor a grasa de taller.

Lo ignoraba constantemente, pero él insistió hasta que uno de los guardias del local lo sacó prácticamente a golpes. Pero, a diferencia de otras veces, ella no se sintió aliviada, sino que más bien se le despertó una sensación un tanto extraña que no terminaba de espantar. Como si algo

realmente malo estaba cerca de suceder.

Siguió en el trabajo hasta que escuchó un tumulto, salió a ver y sus ojos se pusieron más grandes, tan grandes como platos. El pánico le hizo saltar la barrera de personas y vio que Ingrid estaba llorando y tratando de taparse parte de su cuerpo. Había sido atacada.

¿El agresor? Fue el mismo tío que la estaba acosando. El tío tenía la nariz rota porque uno de los clientes salió en auxilio a la chica, pero el mundo de ella, su mundo, se estaba despedazando.

Quién sabe exactamente lo que estaría pensando Scarlett en ese momento, pero ella sintió como una ola de ira que no pudo controlar. Le nació en la boca del estómago y se desplegó por todo el cuerpo, como una brasa que no podía parar.

Entonces volvió a desaparecer, para luego hacerse presente con una botella partida. El gordo la vio desde la distancia, como preguntándose lo que iba a pasar y sólo pudo divisar cómo los ojos de esa chica estaban inyectados de sangre y de indignación.

Comenzó a caminar hacia él con sorprendente velocidad, pero lo más insólito de todo fue que nadie hizo nada para detenerla, quizás era la reacción lenta que a veces queda en la gente, con motivo de entender lo que realmente está pasando.

—Pero qué hacer, joder...

Ella se le fue encima con el pico de la botella, esgrimiendo movimientos cuando de fondo se escuchaban los gritos de desesperación de Ingrid. Fue un cuadro bastante dantesco por no decir menos.

Después de uno eternos minutos, pudieron solventar la situación, aunque Scarlett parecía estar poseída por una especie de fuerza que la tenía bajo control. Parecía indetenible, imbatible e incapaz de controlarse.

Las dos terminaron de sentarse en parte de la vereda bajo la amenaza de que la policía vendría a por ellas. Para peor, como ya eran mayores de edad, podrían enfrentar cargos criminales que pusieran en riesgo su libertad.

Estaba aterradas porque no tenían salida. A pesar del susto y del miedo del momento, Scarlett e Ingrid se dieron cuenta que sin importar el lugar en donde estuvieran, estarían a salvo, así que tendrían que aplicar una fórmula para encontrar la mejor solución posible.

Regresaron al cuarto del hotel con la cabeza baja y con muchas preguntas en la cabeza. Ingrid terminó por quitarse la ropa y por meterse al baño a tomar una ducha. Mientras, Scarlett se quedó sentada en la cama pensando en un plan. La cabeza le decía que tenían que irse de allí lo más rápido posible.

—Nos tenemos que ir. Nada nos dice que esto no se repetirá.

—¿Y tu trabajo?

—Me puedo conseguir otro. Nos podemos acomodar después. Pero estamos en la boca del lobo y no podemos seguir así, lo sabes.

Ingrid se quedó pensativa y asintió ligeramente. Se dio cuenta que Scarlett tenía razón, que eran demasiado jóvenes para tener que lidiar con los peligros de estar en un lugar así sin tener un mínimo de protección. Tenían que irse rápido.

Madrugaron al día siguiente, y prepararon sus cosas para irse de allí. Las dos estaban más calladas que de costumbre porque consideraron el momento como una pérdida importante. Tras un tiempo, habían logrado establecerse de alguna manera, pero la sensación de que esa situación se repetiría de alguna manera, fue lo que las llevó a buscar otras opciones.

Pagaron en la recepción y agradecieron el tiempo que estuvieron allí. Como querían ahorrar el máximo de dinero, decidieron que caminarían un poco hasta encontrar un terminal y así irse a otra

ciudad. Quizás así tendrían allí un poco más de suerte de la que tenían en ese momento.

Ingrid y Scarlett se tomaron de la mano con fuerza mientras miraban hacia adelante. Estaban asustadas por lo que el destino podría prepararles, pero habían aprendido a levantarse tras las caídas y que, dentro de todo, eran capaces de continuar si se los proponían.

Luego de un rato, el sol comenzó a ocultarse y todavía no habían encontrado un lugar para guarecerse. El hambre estaba ya haciendo mella y se les hizo urgente encontrar un sitio para comer y descansar un poco.

Poco después se hallaron en un restaurante chino. Había un platón de arroz chino, fideos y unos bollos rellenos de camarones. Las dos comenzaron a servirse y a sentirse bien porque por fin tenía energías en el cuerpo. Pero, de nuevo, la sensación de peligro no dejaba a Scarlett en paz. Ni siquiera estando allí.

Tenía el plato a medio terminar porque la sensación era tan fuerte que le privaba el hambre, entonces tenía la mirada fija en su novia que parecía bien entretenida con el tema de la comida. Se quedaron hablando por un rato hasta que decidieron salir de allí para volver al rumbo de encontrar un lugar para descansar durante la noche.

Iban caminando con las mochilas y con varias bolsas de tela con sus cosas. Estaba conversando sobre los planes que tenían en mente y en los proyectos que deseaban tener para que las cosas caminaran hacia un mejor rumbo.

Lo cierto que creció esa sensación de persecución que se estaba haciendo cada vez más insoportable. Scarlett trató de desviarse, pero no pudo lograrlo, sobre todo por el hecho de que no estaba sola y que su vida no solamente era la que estaba en riesgo.

Ingrid comenzó a sentir que las cosas no estaban bien, pero fue demasiado tarde como para tratar de revertir el proceso que estaban viviendo. Quedaron atrapadas en un callejón sin salida y un par de tipos, mucho más altos y fuertes, estaban frente a ellas con actitud amenazante.

Uno de ellos pareció desenfundar una navaja con rapidez y eso fue más que suficiente como para que Scarlett se diera cuenta que era necesario que tomara un paso al frente y buscara una forma de solucionar la situación. Sin embargo, su mente estaba en blanco, era incapaz de procesar algún tipo de opción para salir de ese tipo de circunstancia.

—¿Qué queréis?

—Ah, tía, sólo un poco de pasta y también a la chica que está allá. Y, si te portas bien, quizás tú también corras con la buena suerte de darte algo de esto. —El tipo se tocó el pene con su mano mientras la miraba con lascivia.

Estaba harta, pero el miedo era demasiado fuerte como para sentirse más valiente que lo normal. Entonces echó para atrás y se portó como si fuera el escudo de Ingrid. Más para atrás, hasta que experimentó ligeramente la superficie fría de la pared de piedra que sirvió para decirle que ya no tenía más escapatoria.

En ese momento, justo cuando pensaba que su vida tal y como la conocía, estaba a punto de terminar, escuchó otros pasos que iban más de prisa.

Sintió que su corazón iba acelerándose cada vez más, pero no podía descifrar lo que realmente estaba pasando. No había pistas de nada y esa incertidumbre era lo que le producía una verdadera angustia. Necesitaba saber lo que realmente estaba pasando.

Finalmente, se dio cuenta que había una sombra que estaba haciéndose cada vez más larga y obvia en el suelo húmedo de la calle y, cuando pudo alzar la mirada para saber de lo que se trataba, se dio cuenta que había un hombre de gran altura, rubio y con los ojos más azules que no había visto jamás.

Pero él no estaba solo. De hecho, estaba acompañado por un par de tipos más que tenían un mismo aspecto amenazante y también fuerte. Quiso saber lo que iba a pasar después, sin embargo, ella prefirió aferrarse al regazo de Ingrid, cerrar los ojos y esperar por lo peor.

Por cosas del destino, Lucien estaba por los alrededores del Barrio Chino. Esa noche se le había antojado un poco de bocadillos chinos con cerveza, así que tomó una ruta nueva para irse a otro lugar y así hacer un break de todas sus responsabilidades habituales.

Iba caminando por la calle, tranquilo, cuando escuchó algo extraño, como si se estuviera a punto de manifestar una situación incómoda y peligrosa. Entonces fue a acercarse para saber qué pasaba, y se encontró a un par de chicas acorraladas en un callejón sin salida y rodeadas por unos tíos que estaban dispuestos a hacerles daño sin que les temblara el pulso.

Por un momento, detectó el brillo de los ojos verdes de una chica menuda y temblando, quien parecía proteger a una chica más alta que estaba detrás de ella. Ya no podía resguardarse más porque no había lugar para huir.

No se sabe exactamente qué fue lo que impulsó a Lucien, pero él se acercó a esos tíos junto a sus acompañantes. Lo que hubo después de ahí, fue un encuentro entre golpes, sangre y hasta patadas. Las chicas, en cambio, seguían en forma de pelota, anidadas entre las dos.

Scarlett e Ingrid estaban apelmazadas como si una fuerza extraordinaria al punto de dejar en claro que nunca serían capaces de ser separadas por ninguna fuerza en el mundo. Sin embargo, ella se atrevió a alzar la cabeza para saber lo que estaba pasando y asegurarse de que todo había pasado.

En ese momento, se cruzó con la mano extendida del mismo hombre que había pillado la primera vez. Se trataba de Lucien quien tenía la ropa un poco arrugada por la pelea que había presentado en esa oportunidad.

Ella sintió un poco de temor, pero a diferencia de esa primera vez, no sintió miedo en dejarse ayudar por ese desconocido que parecía ser sincero en sus intenciones. Así que le tomó la mano y le advirtió a Ingrid que se incorporara para que hiciera lo mismo.

Ambas se pusieron de pie con cierta dificultad por la posición que mantuvieron por ese rato que les pareció eterno. Luego, se encontraron con la figura de ese hombre que se les presentó como si fuera todo un protector hermoso y muy sensual.

—¿Cómo están? ¿Cómo cojones un par de chicas como vosotras están aquí en un lugar tan solo como este?

—Pues, habíamos terminado de comer —se adelantó a decir Scarlett- Pero ya nos íbamos. En ese momento nos interceptaron y bueno, quedamos acorraladas.

Ingrid se sintió tan compungida que comenzó a llorar de manera profusa. Recordó el incidente que pasó hacía días y ese momento le supo demasiado doloroso. Entonces, no dejó de aferrarse del brazo de su chica porque realmente le quedó el sabor amargo en la boca de todas las dificultades que tuvo que pasar.

—Bueno, vengan conmigo. Esto se podría poner feo si viene la policía y sé que ustedes no tienen ganas de lidiar con la policía.

Ellas lo siguieron sin preguntarse cuáles serían las verdaderas intenciones de ese hombre. Confiaron en él de manera ciega, así que se tomaron sus cosas y fueron a ese destino desconocido y misterioso.

Por otro lado, era probable que Lucien hubiera demostrado interés real en el bienestar de esas chicas, pero en su mente ya estaba maquinando un plan para tenerlas para sí. ¿Un par de chicas jóvenes, sensuales, desprotegidas y acorraladas? El panorama pintaba más que perfecto.

De manera que hizo que subieran al coche para llevarlas a una de las residencias que tenía y allí proveerlas de habitaciones, ropa, comida y quizás de algo más. Optó por una que quedaba más o menos lejos de la ciudad y cuyo acceso era relativamente difícil, al menos para el público general. De esa manera, tendría la privacidad que quería sin que lo molestaran.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó Scarlett con merecida suspicacia.

—Pues, a un lugar a donde puedan tomar una ducha y dormir. Es obvio que no han descansado ni un poco. No se preocupen, estarán tranquilas y cómodas en cuanto lleguen.

Ingrid no pudo evitar hacer unas señas, pero Scarlett siguió el juego. Su instinto le decía que todo estaba bien, que no habría de qué preocuparse. Entonces continuaron con el acto de fingir durante todo el rato, hasta que se enrumbaron en una parte de ciudad que no conocían.

De nuevo, sintieron el miedo en la espalda y la desesperación por huir se hizo cada vez más notable. Sin embargo, Lucien parecía demasiado absorto en sus cosas, de hecho, estaba en una llamada telefónica notificando que tendría que aplazar una reunión y que probablemente debía reprogramar otra.

Lo que terminó de tranquilizar a Scarlett fue el hecho de ver una hermosa casa que estaba al horizonte. Un lugar que se encontraba en el pico de una montaña, entre escasas residencias. Allí fue cuanto terminó de convencerse de que se trataba de un tipo que era realmente millonario y que no había mentido. Poco a poco le volvió el alma al cuerpo.

A medida que se iban acercando, ambas no pudieron evitar el sentirse abrumadas con respecto al lugar que pasarían la noche. Era espectacular, hermoso e iluminado. Incluso sintieron como si casi estuvieran rodeadas de esa vida que tuvieron cuando eran más chicas.

El coche aparcó en la entrada y él bajó para abriles la puerta. Ambas salieron con las manos tomadas, mientras miraban maravilladas todo lo que había alrededor.

—Señoritas, síganme por favor —insistió él con la intención de sacarlas de su ensimismamiento.

En cuanto abrió la puerta principal con una pequeña tarjetita magnética, ambas se encontraron una amplia casa con vista a la ciudad. De hecho, era tan impresionante, que las luces que lograban ver en el horizonte parecían un reflejo del cielo, pero en la tierra. Era maravilloso.

Pero, como fue de esperarse, eso sólo fue el principio de todo. Los muebles, el lujo de los detalles, las terminaciones y el aspecto general de que todo se veía como nuevo, les dio la impresión de que ese lugar simplemente estaba esperando por ellas.

—Bien —dijo Lucien interrumpiendo el recorrido- Esta es una de mis residencias. No tendrán que preocuparse por la seguridad porque estarán bien protegidas durante el tiempo que decidan estar. Por aquí hay una habitación y más allá dos más. Supongo que dormirán juntas, así que les recomiendo que usen la habitación principal porque tiene baño y un ventanal muy majo que da hacia uno de los jardines... Mmm, ya, en la alacena no hay muchas cosas, pero me aseguraré de que mañana en la mañana tengan lo necesario. Siéntase cómoda, chicas.

Terminó esa frase esbozando una sonrisa y aunque todo pintaba demasiado bien como para ser verdad, Scarlett experimentó la necesidad de preguntar más cosas para que no cayeran en una situación desagradable.

—Disculpe, pero, ¿cuánto costará esto? Como verá, nosotras no tenemos muchas pertenencias y el dinero con el que contamos es escaso.

—A ver, las estoy ayudando tras verlas en un aprieto bastante complicado, así que no les estoy pidiendo dinero ni nada de eso. Pero sí, tienes razón, todo tiene un precio, pero eso no es un asunto para discutir en estos momentos. Así que, si fuera ustedes, me preocuparía más por tomar

una ducha y comer algo de lo que está en la cocina. Después hablaré con ustedes. Buenas noches.

Aquel hombre alto, atractivo y sensual dejó a Scarlett con las palabras en la boca, incapaz de increparle por más que lo hubiera querido. Entonces, se quedó en el sitio, mirando cómo se alejaba para dejarlas a ellas dos.

Ingrid, quien no había dicho ni media palabra durante casi todo el día, se aproximó ante ella para sacarla de sus pensamientos.

—Creo que es mejor hacerle caso. Últimamente hemos vivido situaciones muy extremas y lo mejor que podemos hacer es tratar de despejarnos la mente.

—¿Te vas a quedar así tan tranquila?

—Honestamente, no puedo pensar bien. Huelo a arroz frito y casi me cago en las bragas. Venga, amor, vamos a tomarnos una ducha y luego pensamos qué haremos. Estamos juntas en esto y sé que lo resolveremos favorablemente.

Ingrid estaba más dulce que nunca y eso bastó para que las defensas de Scarlett se bajaran de inmediato. Así que se sintió un poco más tranquila de escucharla un poco más despejada y tranquila.

—Vale, está bien, te hago caso. Vamos a ducharnos y después vemos qué comemos.

La noche pasó con rapidez y cuando por fin se acostaron en la cama para descansar, los ojos de Scarlett se quedaron fijos en el techo porque no podía dejar de pensar en ese tío. De alguna manera u otra, quedó atrapada por él.

VI

—Señor, ¿cuándo deberíamos llevar las compras a la casa?

—Lo más temprano posible. Sería bueno que pudieran despertar con algo en la cocina, ¿no te parece?

—Sí, señor. De inmediato nos encargaremos de eso.

—Perfecto.

Lucien estaba en el coche, muy concentrado en el móvil y en los próximos planes que tenía en mente.

Durante la conversación que tuvo con las chicas en la casa, se dio cuenta de varias cosas importantes como, por ejemplo, que Scarlett era de personalidad más intensa y que Ingrid era la más tímida de las dos. Aunque, claro, tampoco podía anticiparse demasiado porque todavía tenía que conocerlas un poco mejor. Eso era lo que realmente quería lograr.

El hecho es que fue de regreso a su casa y comenzó a quitarse el saco, a subirse las mangas y servirse un trago para relajarse un poco. Se sentó en uno de sus sillones favoritos y se quedó tranquilo por un rato, con la mente trabajándole a mil por hora.

De inmediato, se dispuso a recordar los detalles de las chicas. Le encantó darse cuenta de lo bella que era Scarlett, de baja estatura, con el cabello corto negro y con esos ojos grandes y verdes que se veían tan desafiantes. Ingrid también era hermosa: alta, blanca, de cabello rubio y ojos cafés, con una figura como de modelo. Sin duda, eran chicas le producían cualquier cantidad de pensamientos.

Se contuvo un rato, porque tenía que encontrar la manera de hacerse confiable para así tratar de bajarles la guardia. Necesitaba encontrar un método que le pudiera funcionar y que no le diera problemas.

Aunque no lo quiso admitir, Scarlett finalmente pudo dormir después de darse cuenta que estaba todo bajo control. Así que cayó en un profundo sueño, el cual tuvo que despertarla Ingrid porque pensó que, incluso, estaba enferma.

Lo cierto es que apenas ambas se despertaron y se asearon, bajaron a la cocina para ver qué podían comer. Se sintieron sorprendidas por la cantidad de comida e implementos que le dispusieron. Todo estaba tan hermosamente acomodado, que se miraron mutuamente sin poder creer la suerte que tenían.

—Vaya, esto es bastante comida, incluso para nosotras.

—Pues sí, pero mejor pensemos en eso más tarde, muero de hambre.

Se prepararon para cocinarse algo y, mientras lo hacían, Scarlett se dispuso a disfrutar la vista que tenían. Era un lugar hermoso, aunque no podía evitar pensar en las consecuencias que tendría el estar en un lugar así.

Sin embargo, decidió que cerraría los ojos y que era mejor dejar que las cosas fluyeran solas. No tenía ganas de seguir rompiéndose la cabeza porque, la verdad, estaba cansada de toda la situación.

—Ya van unos panqueques y café. Ven que ya están pronto.

Ella se reunió con Ingrid y ambas se dispusieron a comer. Después de un rato, Ingrid decidió compartir un poco las impresiones que tenía sobre Lucien.

—¿Sabes? Ese tío me genera algo que no puedo explicar.

—¿Algo como qué? —preguntó Scarlett un poco dudosa.

—Pues, es algo extraño, pero no me da mala espina, sólo que siento que tiene una intención que no sé muy bien de qué va, aunque creo que no será problema para nosotras.

—¿En serio lo crees?

—Sí, tía. Es que siento como una atracción hacia él, tiene algo que produce... Me produce algo que no sé, es todo extraño.

Scarlett comprendió lo que ella quería decir porque también estaba sintiendo lo mismo. Se quedó en silencio porque tenía la sensación de cuáles eran las intenciones de ese hombre y eso no parecía asustarla en absoluto.

El hecho fue que pasaron el resto del día disfrutando de la casa como si estuvieran de vacaciones, sin siquiera pensar que Lucien ya tenía unos planes interesantes para ellas. Así que, como buen Dominante que era, decidió preparar una sorpresa para ellas. Organizó todo para una cena en la residencia.

La algarabía no se hizo esperar en la casa en donde estaban Scarlett e Ingrid. Poco a poco notaron que se estaban organizando una cena en el lugar y que probablemente eso significaba que hablarían con Lucien. Se dieron cuenta que debían prepararse para cualquier cosa.

Langostas, vieiras, risotto, trufas, vino y un montón de exquisiteces más se presentaron en la mesa principal del lugar. Las dos estaban impresionadas por cómo se estaban dando las cosas, pero quizás lo estaban esperando era encontrárselo.

Luego de un rato, lo vieron entrar por la puerta justo cuando dispusieron de toda la comida sobre la mesa. A diferencia de otras veces, tenía vaqueros oscuros, zapatillas Stan Smith, un jersey azul y un abrigo del mismo color. Se veía tan guapo que casi era un dolor verlo.

—Chicas, ¿qué les parece lo que les preparé? Espero que la comida esté buena, eh. Vengan, vengan. Esta ocasión está para que nos relajemos un rato.

Las dos estaban un poco escépticas, pero aceptaron, así que se sentaron con él para hablar y la comida no tardó demasiado en ser devorada. Ambas tenían un hambre atroz y no esperaron demasiado para comer.

Lucien, por otro lado, estaba recordando cada detalle, cada comportamiento para saber realmente a qué atenerse. No pudo dejar de lado que se sentía fuertemente atraído a las dos, así que no quería perder el tiempo con más protocolos, tenía ganas de decirles la verdad.

—Chicas, he hecho esto para que tengamos algunas cosas en claro. Soy un hombre que disfruta de tener lo que quiere y yo las quiero a las dos, pero de una manera que, quizás, no hayan vivido antes. Aunque eso no quiere decir que eso sea un impedimento, más bien todo lo contrario. De alguna manera eso es suficiente motivo para mí para ir hacia adelante.

Mientras hablaba, ambas tenían caras de impresión, pero, irónicamente, fue casi sentir un calor exquisito entre sus partes. No se imaginaron que llegarían a ese punto. Quizás fue el hecho de la forma en la que él les hablaba con tanta propiedad. Era simplemente increíble.

—Me gustaría que me dieran la oportunidad de entender la situación. Les puedo dar el tiempo que quieran, pero eso sí, que no sea demasiado puesto que soy un tipo un poco impaciente.

Las dos se quedaron pensativas de inmediato. Aunque sabían que las propuestas tomarían esa dirección, no pudieron evitar experimentar una especie de calor en sus cuerpos. Ese hombre les estaba hablando con toda la seriedad del mundo, así que debían responder con lo mismo.

Scarlett e Ingrid se miraron y comprendieron de que quizás estaban frente a una oferta que tenía el potencial de cambiar sus vidas para siempre. Así que rechazarla era una tontería, sobre todo porque tenían mucho que ganar.

—¿Qué tenemos que hacer? —respondió Ingrid con una sonrisa en los labios.

—Venga, esa es la actitud que me gusta. Un par de chicas dispuestas a pasarla bien. Pues, lo primero es terminar de cenar, me parece que necesitarán fuerzas después y les aconsejo que se alimenten bien.

Las dos se miraron, así que comenzaron lo que tenían en el plato como para no perder la costumbre y así también dejar que la noche fluyera sin problemas para ver cómo se desarrollaría el tema de la química y la interacción entre los tres.

Scarlett, a pesar que estaba de acuerdo, estaba atenta a lo que estaba pasando. No podía evitar sentir un poco de preocupación al respecto. No quería que ella perdiera ese poco de inocencia que a veces ella sacaba relucir. Entonces se dispuso a ponerse un poco en guardia como para no perder la costumbre.

La cena terminó y el alcohol ya estaba en proceso de hacer efecto dentro de poco. Ingrid estaba mostrándose un poco más y Scarlett estaba haciendo un esfuerzo por mantener el control. Lucien lo tomó como la ocasión perfecta para dejar en claro la segunda parte de su plan.

—¿Están listas?

Las dos asintieron, así que se dispusieron a buscar sus abrigos para irse con él. Asumieron que esa noche intercambiarían unos cuantos besos, gemidos y muchos orgasmos. De hecho, analizando la situación con un poco más de cuidado, se percataron que no habían pensado en sexo desde hacía tiempo y no estaba mal el aprovechar la ocasión para ponerse en práctica.

Se subieron en su coche y a diferencia de la primera vez, no había nadie que estuviera con él. Ningún chófer o asistente, nadie. Así que concluyeron que él estaba esperando el momento de dar su estocada para llevárselas consigo.

Comenzaron el recorrido y se sintió agradable no tener que pensar sobre las consecuencias de un trío que pintaba ser delicioso.

Scarlett, quien estaba en el asiento delantero, estaba relajada y mirando por la ventana, mientras que sostenía la mano de Ingrid. Lucien, si bien estaba concentrado en el camino, no podía dejar de pensar en toda la diversión que obtendría con ellas dos.

Aceleró un poco para llegar con prontitud, así que hundió el pie en el acelerador con la finalidad de comerle el coño a esas chicas.

Llegaron a la mansión la cual parecía estar vacía. El lugar era impresionante, grande y bastante moderna. De esa manera, se confirmaron que el tío realmente tenía dinero y que quizás ellas tenían mucha más suerte de lo que podían imaginar.

Se bajaron con cierta dificultad por la gravilla y avanzaron hasta la puerta. Lucien parecía un depredador listo para atacar, no podía esperar el momento de verles las caras cuando le enseñara el sótano, el lugar que generalmente reservaba para sus juegos y demás perversiones.

Se adentraron al lugar apenas cruzaron el umbral. Si en un primer momento se sintieron impresionadas por el tamaño de lugar en donde estaban, no pudieron evitar sentirse abrumadas por todo lo que había en la mansión. Era un sitio de gran tamaño, decoración imponente y espacios amplios.

Se sintieron seducidas de inmediato por el lujo, aunque él les dio a entender que no estaban allí para ser simples espectadoras. De hecho, les tocaba darse cuenta que su misión en ese lugar era diferente y que les tocaba asimilarlo.

—Venga, por aquí.

Lucien sirvió como especie de maestro de ceremonias, como guía hacia una aventura llena de perversión y locura. Tomó el liderazgo y se adelantó para llevarlas a uno de los sitios favoritos de su casa.

Primero, sacó un juego de llaves en donde se encontraba aquella que abría esa puerta misteriosa de color blanco. Una que parecía destacar, extrañamente, entre las demás. Hizo un poco más de suspenso sólo para alimentar la situación, así que luego de empujar la puerta, miró hacia atrás para asegurarse que su compañía siguiera allí.

Bajaron unas escaleras de forma curva por un rato. Eso significaba que iban a llegar a un sitio particularmente apartado de la mansión, por lo que había altas probabilidades de que no les iban a fastidiar, al menos por un rato.

Siguieron bajando hasta que llegaron a un pasillo que conducía a un espacio amplio, pero que estaba oscuro. En ese momento, Lucien sonrió porque ya estaban en el lugar.

—Bien, les aconsejo que se preparen porque es posible que no hayan visto jamás ninguna de estas cosas.

Las chicas ni siquiera tuvieron tiempo para preguntar cuando se hizo la luz. Se trataba de un espacio grande, enorme, con una cama central de gran tamaño y una serie de accesorios y muebles que lucían extraños.

En el lugar, había una cruz de San Andrés, un potro de madera, otro mueble de madera de gran tamaño y una pared en donde colgaban látigos, cadenas, cuerdas y un par de máscaras. Todo lucía reluciente, nuevo, como estuviera esperando por ellas.

—En este sitio es donde nos vamos a divertir.

Todo lo que estaba alrededor sirvió para que ambas se excitaran de manera violenta. Imaginaron que ese hombre sería el responsable de tomar el mando... Y esa era la idea.

VII

Las dos seguían impresionadas, mientras que Lucien tomó cierta distancia para mirarlas desde cierta distancia. En ese momento, comenzó lentamente a quitar el abrigo y parte del jersey que tenía puesto. Estaba entando en modo y ya no podía esperar el momento de ponerse en manos a la obra.

Scarlett, tenía la mirada fija a la pared que tenía la muestra de los látigos y todos esos accesorios que estaban allí. En ese momento, sintió las manos de Lucien sobre su cintura y supo que era él. En seguida, cerró los ojos y experimentó ese calor intenso que se desperdigó por todo el cuerpo.

Ingrid estaba mirando, pero algo le dijo que tenía que avanzar hacia la cama, como si el instinto le hablara de alguna manera, o quizás podía hasta comunicar con la mentalidad de Lucien. No había nada seguro.

Ella comenzó a quitarse la ropa lentamente, dejando al descubierto su piel blanca, suave y tersa, mientras que Scarlett y Lucien estaban al otro lado de la habitación de gran tamaño. Entonces, miraron a esa chica, bañada en esa luz blanca y fue casi como una invitación a reunirse con ella. Lucien, finalmente, había logrado su objetivo sin problemas.

Scarlett no tuvo un momento para analizar la situación, de hecho, estaba perdiendo toda capacidad de autocontrol y dudas que le quedaron con él. No sabía bien lo que estaba pasando, pero era casi como quedar arrastrada en una vorágine potente de pasión y desenfreno.

Estaba demasiado caliente y dispuesta cuando sintió las manos de él sobre su cuerpo a modo de decirle que se acomodara junto a Ingrid, quien parecía estar esperándola con una amplia sonrisa. De hecho, en cuanto se encontraron, comenzaron a tocarse prácticamente sin freno.

Se besaron, se acariciaron, la boca de Ingrid fue a parar a los pechos de Scarlett, sus dientes se encargaron de pellizcar levemente uno de sus pezones, con la intención de hacerla retorcer un poco del dolor.

Scarlett la recibió en su regazo entre gemidos y jadeos, por lo que bastó para que ambas se sintieran más y más excitadas conforme pasaba el tiempo. En ese instante, Lucien aprovechó para desaparecer de la escena y regresar con dos pares de esposas.

—Ahora, ven aquí.

Le dijo a Ingrid y después a Scarlett. Les puso las esposas, una por delante y la otra detrás de la espalda. Al final, Ingrid se echó sobre la cama y Scarlett quedó en cuadro, con el rostro justo en frente del coño de su amante.

Estaba abierto, mojado y rosado. Sus labios estaban plegados como si fuera una hermosa flor esperando por ella. Se veía tan hermosa, tan delicada que tuvo la tentación de tocarla un poco, pero sólo un poco. Sin embargo, sus manos estaban detrás de la espalda y todavía faltaba que se desencadenara el deseo que Lucien sentía por las dos.

Él se quitó el resto de la ropa para encontrar a esas tías en esa posición tan apetitosa. A pesar de que tenía ganas tremendas de reventarlas en dos, primero se dedicó un momento para verlas con detenimiento, con cierto cuidado. Eran bellas y delicadas y no podía creer que tuviera la

suerte de tenerlas juntas para su placer.

Entonces, luego de espabilarse un poco, se preparó para tomar a Scarlett desde la cintura y sintió cómo la chica, la pobre chica se puso nerviosa debido a ese toqueo. Luego, alzó una de sus manos para comenzar a darle nalgadas. Los gemidos no se hicieron esperar.

Mientras, Ingrid, miraba todo desde su perspectiva, concentrada en la imagen de esa chica y también en la situación en la que estaban. La nalgueó un poco más, lo suficiente hasta que se dio cuenta que su piel comenzó a teñirse poco a poco de rojo. En ese punto, se detuvo sólo para darle unas cuantas caricias y apaciguar el posible dolor y ardor que pudiera tener.

Ella se calmó un poco, pero sentía ganas urgentes de ser follada, su coño estaba húmedo, ardiendo de verga y no podía esperar más. Necesitaba ser empotrada por este tío tan grande.

Antes de hacerlo, él se aseguró de pasarle la polla entre las nalgas con la finalidad de que se diera cuenta de que estaba caliente y que estaba más duro que una piedra. Si bien eso era indicativo de que estaba desesperado, tampoco quería decir que se lo iba a dar así fe fácil.

Así que se inclinó un poco, sólo lo ligeramente para que ella sintiera el calor de su aliento rozando su oreja. Lo hizo con lentitud, con esos movimientos sensuales y tan poderosos.

—Bien, ¿qué esperas para comértela?

En ese instante, las dos intercambiaron miradas y se sonrieron mutuamente. La química sexual de Ingrid y de Scarlett era increíble y muy intensa. Lucien tenía demasiadas ganas de experimentar un poco de ese néctar de las dos.

Scarlett se inclinó un poco, sólo un poco con la intención de besarle los labios y el clítoris a esa chica de manera tan dulce y delicada. Sintió de inmediato el sabor delicado y suave de sus jugos y eso bastó para que experimentara un rush potente de energía. Sentía que se volvería loca en cualquier momento. Mientras, Ingrid inclinó la cabeza hacia atrás porque estaba demasiado excitada.

La lengua de Scarlett no tenía rival, al igual que sus labios. Ella sabía encontrar el punto indicado para hacerla vibrar con unos cuantos movimientos. Pero, quizás lo que más le gustaba de ella, era la forma en cómo la miraba con esa especie de maldad y picardía que la estremecía por completo. La hacía sentir como su cómplice.

Ella siguió lamiendo, lo cual también se tradujo en que su coño también se estaba mojando cada vez más. Y eso lo pudo ver Lucien desde su perspectiva. Estaba impresionado y eso bastó para que él hiciera lo suficiente como penetrarla con la fuerza con la que estaba ansioso por hacerla suya.

Introdujo un par de dedos y luego se aseguró de masturbarla un poco hasta que notó que ella sentía cierta dificultad para continuar con el sexo oral a Ingrid. Eso era lo que quería lograr y se felicitó a sí mismo por lograrlo.

El hecho es que no paró con las embestidas. Su verga iba cada vez más y más adentro porque ese coño caliente, húmedo y estrecho le estaba dando todo el placer que alguna vez pudo imaginar. De paso, esa imagen de darle nalgadas a ella con fuerza, le hizo emocionarse porque se daba cuenta que era capaz de hacerla estremecer con un estímulo como ese.

Por un momento, pareció desprenderse de ese instante en el que estaba y eso bastó para darse cuenta de los movimientos que hacía y de la química que ambas chicas tenían. Había algo fuerte entre ellas y él se sintió tan complacido de tenerlas como les daba la gana. Eso actuó como una especie de combustible que avivó más la llama que tenía en su interior.

Luego de un rato, tomó a Scarlett de la cintura e hizo que ella se incorporara, haciendo que ella dejara de lamer el coño de la chica. En esa posición, se afincó para penetrarla con más

determinación, al mismo tiempo que le puso la mano en el cuello para apretarla un poco. Lo suficiente como para que sintiera la presión de su fuerza sobre ella. Sin embargo, durante todo el ínterin, no dejaba de mirar a Ingrid, quien estaba tendida como si fuera una ninfa deliciosa.

Quiso cambiar la dinámica porque también quería probar a esa chica, así que tomó a Scarlett por el cabello e hizo que se arrodillara. Hizo a una seña a Ingrid para que hiciera lo propio. Les enseñaría a las dos que ahora la misión que tendrían sería darle placer a él. Todo el que fuera posible.

Entonces, en cuestión de segundos, las dos estaban en el suelo, comiéndole la polla con voracidad. Sus lenguas se intercambiaban y sus labios también. Mientras, las manos de Lucien estaban en sus cabellos y cuellos, halando un poco, ejerciendo presión. La suficiente como para prenderlas un poco más.

Intercambiaba una y otra para ahogarlas con su polla grande y gruesa. Se encontró complacido de ver esas lágrimas gruesas cayéndoles por esas mejillas, pero con sendas expresiones de satisfacción. Sin duda, las dos eran un par de putas, de rameras que disfrutaban ser como eran. Sus esclavas.

Bien, si bien pudo haber pasado gran parte de la noche sintiendo todo aquello, tenía pendiente el follarse a Ingrid, así que la tomó por el cuello la dejó sobre la cama con las piernas abiertas y con las muñecas aún atadas con las esposas. Scarlett miró al hombre y, de nuevo, pareció que no hubo falta de decirse algo más porque ella entendió que debía montarse en la boca de ella para que recibiera placer.

—Muy bien. Muy bien. Parece que están conscientes de lo que tienen que hacer. Buenas chicas.

Sonrió de manera maliciosa y pícara, para luego llevar sus manos a los manos de Ingrid, los cuales se sintieron como un par de sedas sobre la piel. Ella le sonrió de manera sensual, con esos ojos grandes y ese cabello que estaba desperdigado sobre la cama como un manto hermoso.

Su polla se puso más y más dura cuando la percibió en esa posición, así que se aseguró que lo haría diferente esta vez. Pensó en metérselo con sutileza, con suavidad, lo suficiente para sentir cómo se abría esa carne poco a poco.

Él cerró los ojos con suavidad, mientras sentía todo aquello en su verga y también cuando escuchaba los gemidos de las dos. Fue muy difícil para él el tener que concentrarse sobre todo porque ambas parecían amarse e intercambiarse de manera increíble y deliciosa.

Scarlett sentía la lengua caliente de Ingrid dentro de ella, así que no pudo evitar comenzar a brincar de manera sensual, pero con cuidado. Sus manos atadas le impedían poder tocarla o tocarse debidamente. Así que le daba un sabor extra a la situación, algo divertido.

Ingrid se encontró en un verdadero dilema porque no pensó que realmente fuera difícil el poder concentrarse debidamente. Él la estaba follando con una determinación increíble. Él sabía cómo montarla, sin duda.

Por supuesto, eso no quiso decir que fuera la primera vez que estuviera en una situación similar. De hecho, ya lo habían hecho anteriormente a manera de agregar un poco de sazón a la dinámica, pero sin duda, esto que tenían con Lucien iba más allá de lo que alguna vez pudieron imaginar.

Él las había llevado a ese sótano que era, sin duda, el lugar en donde se manifestaban todas las perversiones que sólo sus mentes podrían imaginarse. Además, y de alguna manera un poco extraña, sentían que el estar con un hombre como ese les daba la oportunidad de tener un tipo de libertad sexual que nunca habían experimentado. Una revelación que les resultó deliciosa.

Siguieron así, entrelazados entre sí, unidos por un deseo desenfrenado por un largo rato, hasta

que Lucien planteó una dinámica interesante. Les dio a entender que debían acomodarse sobre la cama, dándole la espalda y con las rodillas recogidas sobre la cama. Pero antes se aseguró de quitarle las esposas y fue en ese momento en el que se sintieron más cómodas y un poco más libres al respecto.

Se acomodaron en cuatro, pero exponiendo más la espalda las cuales estaban ligeramente curvadas. En ese momento, él tomó un pequeño respiro para tener la capacidad de concentrarse lo suficiente como para hacer las cosas como debían y no dejarse llevar por los impulsos.

Se echó el cabello hacia atrás y plantó los pies con firmeza en el suelo como para tener un poco de equilibrio y evitar resbalarse. Paralelamente, en su otra mano, tenía un látigo de color negro, ya gastado y con una tira. Era uno de sus accesorios favoritos, así que estaba sintiéndose como pez en el agua.

Antes de comenzar con los impactos, pensó que lo mejor que podía hacer era acostumbrar a las chicas a la sensación del cuero sobre la piel para evitar accidentes y sensaciones extrañas. Además, no deseaba que se asustaran.

Como si hubiera leído sus pensamientos, se dio cuenta que ambas estaban satisfechas por la sensación que tenían en el cuerpo. Luego de darse cuenta que las dos ya estaban tranquilas con esas sensaciones, Lucien alzó el brazo y se preparó para darle el impacto que estaba esperando desde hacía mucho tiempo. Era una especie de epítome de todo lo que había esperado.

Justo después, se preparó para impactar la espalda de Scarlett y luego hizo lo propio con Ingrid. Una y la otra, y con una seguidilla que hizo que cada una comenzara a quejarse y a gemir cada vez más y con mayor fuerza.

Las dos, quizás de manera instintiva, se tomaron de las manos como para compartir el dolor y el placer de los latigazos que él les estaba dando. Lucien, por otro lado, estaba en su mejor elemento, sometiendo y causando lujuria. Tanto como le gustaba.

Siguió y siguió, incluso perdió la cuenta de la cantidad que tenía cada una. Pero en número no era lo importante, sino el hecho de monitorear cómo estaban lidiando con el dolor de un estímulo como ese, sobre todo siendo la primera vez que lo estaban experimentando.

Pero lo cierto fue que estaba sintiéndose cada vez más satisfecho por los resultados, así que pensó que debía cerrar con broche de oro. Entonces, se aseguró de que las chicas volvieran a la posición de estar de rodillas en el suelo para que volvieran a darle placer a Lucien quien, por cierto, ya estaba muy cerca de explotar.

Las dos pudieron incorporarse con cierta dificultad, sobre todo por el dolor que estaba experimentando, aunque también estaba conjugado con el placer que les producía una situación como esa.

En cualquier caso, se sintieron más que excitadas al encontrarse con la labor de intercambiar placer de esa verga la cual se estaban comiendo. Les causaba un morbo increíble el que pudiera sentir cómo se ponía más duro y más caliente a medida que sus lenguas se intercambiaban entre sí, y sin parar.

Las manos de Lucien, muy a pesar de haberlas querido controlar, tuvo que responder a la necesidad de tomarles el cabello como si fueran riendas deliciosas. Sus dedos se enredaron entre las hebras con suma fuerza y firmeza. Lo hizo para que no se les olvidara por ningún momento que era él quien tenía el control de toda situación. Eso bastó para que se sintiera aún más poderoso de lo que ya estaba sintiéndose.

Poco a poco, llegó al punto en el que quería llegar. Estaba seguro que iba a correrse en cualquier momento, así que estaba decidido a marcarlas a como diera lugar. Entonces, como

quería mantener el control hasta el último minuto, se aseguró de tomarles ambas cabezas con las manos para que se quedaran en esa misma posición. Luego, se aseguró de comenzar masturbarse con salvajismo.

Se tocaba como si no hubiera un mañana, volvió a quedarse tranquilo, a no dejarse llevar por el impulso de correrse en cualquier momento. Y entonces, poco a poco, comenzó a manifestarse lo que tanto había esperado: se corrió con suma potencia.

Los chorros de semen se desperdigaron por el rostro de ellas al punto que también llegaron a ubicarse en sus cabellos, cuello y hasta parte del pecho. Las dos se quedaron impresionadas por la potencia que acababan de ver.

Si bien había tenido éxito con su primer propósito, Lucien comprendió algo importante, que ambas necesitaban correcciones para que pudieran amoldarse a sus necesidades y gustos. Lo bueno era que estaba dispuesto a darle el tiempo necesario, aunque lo malo tenía que ver con el hecho de que, como eran chicas, era probable que se encontraría con algunas reacciones y actos de rebeldía.

Lo cierto fue que, al final de ese momento tan intenso, ellas se quedaron en la cama para descansar, mientras que él prefirió ir a otro mueble que estaba allí para servirse un trago para relajarse un poco.

Bebió un poco del whiskey que tenía a la mano y luego giró la cabeza para ver a las chicas que estaban en la cama. Lo cierto fue que les pareció que se veían más bellas que nunca. Sus pieles blancas, ahora marcadas por los latigazos, y sus rostros apacibles, aún corrompidos por el semen que les echó en plena sensación de que no podría más.

Sonrió para sí mismo porque su mente iba a una gran velocidad. No podía imaginarse otra cosa que no fuera enseñarles cómo debían comportarse estando con él. Sería un dominante firme y bien contundente y ya podía saborear los infinitos momentos que estaban por vivir.

VIII

Se quedaron dormidas sin darse cuenta que él se había ido para dejarlas allí. Sintieron que debían despertarse cuando sintieron un poco del calor del día sobre sus cuerpos. Entonces, se percataron que era momento de ver lo que el día estaba por ofrecer.

Ingrid, luego de darle un beso en los labios a Scarlett, se levantó para estirarse un poco y mientras buscaba un sitio para lavarse, pilló que había una notita no muy lejos de ellas.

“Preferí dejarlas allí para que pudieran relajarse. En donde están, hay un compartimiento en donde encontrarán ropa y no muy lejos está un baño para que se puedan asear. De momento, les aviso que les dejaré este móvil para que únicamente se comuniquen conmigo. Les adelanto que deben estar preparadas esta noche”.

Ingrid le enseñó la nota a Scarlett quien estaba un poco a la expectativa, pero pensaron que no debían pensar más porque ahora debían sujetarse a las demandas de Lucien. Y eso no pareció un problema particular para ellas. Más bien estaban emocionadas por experimentar.

Luego de leer la nota, se fueron a bañar y a arreglar. Debían comer, recuperar las fuerzas y hacer el esfuerzo de descansar porque era seguro que esa noche quizás les tocaría bien fuerte.

Mientras, Lucien estaba en su oficina, con la mente en otro lado porque no podía evitar pensar que su primera noche de sexo con esas dos chicas representó un rotundo éxito. De hecho, no pensó que ellas fueran más o menos receptivas a la dinámica que él propuso esa primera noche. Estaba consciente que eso podría ser muy chocante para cualquiera, pero era claro que ellas no eran esas típicas personas. Tenían algo más allá.

Como fue de esperarse, no le estaba prestando la más mínima atención a lo que estaba sucediendo a la reunión que tenía allí. No le interesaba los números porque su negocio, por suerte, era muy exitoso y bastante estable. Así que decidió prestarle atención a otros detalles que sí fueran relevantes y que sí fueran necesarios.

¿Qué cosa podría prepararles? ¿De qué manera podría hacerles entender que la disciplina era esencial para que su comportamiento se amoldara a las necesidades de él? ¿Qué debía hacer para incentivarlas a mejorar como sumisas? La cabeza no le paraba de darle vueltas.

Claro, para llegar al punto que quería, tenía que tomar en cuenta que no podía ser demasiado invasivo ni demasiado brusco. No obtendría el resultado que quería. Él aprendió todo lo que sabe a punta de paciencia y de cuidado, así que debía aplicar lo mismo a esas chicas.

Hizo una revisión de las cosas que hicieron y de las reacciones que ellas tuvieron a lo largo de la noche. Notó que ambas habían respondido positivamente a los latigazos, así que debía seguir con ello. Igualmente, lo hicieron con sentir que les ataban las manos. Poco a poco estaba formándose una idea más completa de lo que quería al final.

Al cabo de unas cuantas horas, tras muchos análisis y reflexión, ya tuvo en mente lo que podía hacer para que la velada se hiciera más que agradable e interesante.

El sol estaba ocultándose y eso fue señal para Ingrid y Scarlett. La preparación les demandaba tener claro lo que iba a pasar a continuación. Así que fueron a vestirse y a adoptar la postura de chicas que estaban aceptando de a poco la responsabilidad que habían asumido hacía poco.

Ambas se peinaron y se pusieron un par de vestidos negros que él dejó encima de la cama, con la clara instrucción de que debían ponérselo para esa noche. Luego de estar listas, comieron algo ligero para tener las energías necesarias para continuar con las responsabilidades que tenían con él.

Durante todo el tramo, Ingrid pensaba que el mundo del BDMS podía ser el mejor lugar para ella, mientras que Scarlett tenía en mente una cosa completamente diferente. Su mente estaba muy fuera de allí y tenía ganas de hacerlas realidad. De hecho, sentía que tenía que ponerlas en práctica por si quería ver materializado su sueño. Pero, claro, un paso a la vez.

Escucharon los neumáticos y se prepararon para un encuentro que sabían que sería potente. Así que se dispusieron al frente de la puerta, tal y como él les había pedido. Ambas se tomaron la mano y comenzaron a temblar un poco. La idea de encontrarse a Erick les hacía sentir un poco intimidadas.

La puerta se abrió lentamente y la luz de la luna iluminó la silueta de Lucien quien aún estaba ataviado del traje del trabajo. Lucía imponente, grande y dominante, tal y como era su esencia.

Él sintió la emoción en su verga que ya estaba dura, así que se apresuró en caminar un encontrarse con ellas, pero que sin se le notara la ansiedad de tenerlas en sus brazos. La emoción del momento parecía crecer más y más.

En ese punto, cerró la puerta tras sí y dejó que todo estuviera en silencio y en la oscuridad. Se quitó el saco, se dobló las mangas y aprovechó para sacarse el cinto. Justo cuando lo tenía en la mano, se le ocurrió la idea de usarlo de manera provechosa.

—Voltéense y arrodíllense.

Ambas acataron la orden prácticamente de manera inmediata, así que siguieron las instrucciones mientras esperaba más por parte de él.

—Bien, ya veo que lo están haciendo cada vez mejor, entonces subamos un poco la apuesta. Súbanse los vestidos hasta la nuca.

Cada una hizo el movimiento tal y como él lo había indicado. Sus corazones comenzaron a latir con fuerza, como si tuvieran una locomotora en el pecho. Los nervios eran demasiados. Sin embargo, eso también alimentó el morbo que estaban sintiendo. Esa potencia que él les transmitía era increíble y lo disfrutaban mucho.

En ese punto, Ingrid ya estaba sintiendo el calor en su coño, la humedad y la extrema necesidad de sentirse penetradas por él.

Lucien estaba preparándose para calentarlas un poco, en vista de que les había gustado el tema de los látigos. Así que quiso aprovechar el cinto que tenía para aumentar la emoción de la situación y volverla un poco más interesante.

Entonces, alzó el brazo y comenzó con los impactos en las espaldas de ella. No lo hizo de manera tan brusca, especialmente porque estaba enseñándoles a hacer las cosas bien y con un nivel que pudieran tolerar. Pero, por lo visto, ellas parecían estar más listas que nunca.

El cinto rompía el aire una y otra vez, en una constante seguidilla de dolor y placer que parecía que no acabaría nunca. Él tío, mientras tanto, parecía estar cada vez más y más excitado porque no podía parar. De hecho, sintió una especie de malestar en una de sus muñecas, pero no se detuvo porque el propio impulso era mucho más intenso.

Perdió la noción del tiempo, pero estaba orgulloso de lo que había logrado al final. Las chicas, por otro lado, todavía estaban demasiado temblorosas y sumidas en la excitación, como para pronunciar palabra alguna. De la emoción no pudieron decir mucho, salvo tratar de relajarse y de encontrar el ritmo ideal de la respiración. Todo fue muy intenso y muy fuerte.

Lucien ordenó que se pusiera de pie y comenzaran a caminar en dirección al sótano. Las dos se bajaron esos vestidos delicados y descendieron las escaleras con lentitud. Cada vez más estaban conscientes que ir allí era sinónimo de recibir una fuerte disciplina por parte de él.

Al llegar, Lucien encendió la luz blanca, la única que estaba allí y que parecía iluminar casi todo el lugar. Giró la cabeza para recordar que allí se encontraba una cruz de San Andrés, como esperando ser usada en cualquier momento.

Se le ocurrió la idea de empezar con Ingrid esa noche, así que tomó a Scarlett del cuello para llevársela consigo a la estructura de madera. Como quería que ella mirara todo lo que estaba a punto de suceder, procuró acomodarla lo mejor posible.

Sujetó las muñecas con unos amarres de cuero que estaban incorporados a la cruz, y luego se encargó de que estuviera cómoda. Luego, le tapó la boca con una mordaza de bola y se aseguró que todo estuviera como le gustaba.

Ahora bien, le tocaba el turno de Ingrid para darle con todas las fuerzas. Antes de hacerlo, le quitó el vestido con suavidad, con el cuidado de alguien que no busca hacerle daño, más allá del tema del placer.

La luz blanca bañaba ese cuerpo delicado y esa piel suave. Deslizó sus manos sobre ella, mientras que notaba que su piel se ponía de gallina producto de esos estímulos suaves y delicados.

Luego comenzó a quitarse la ropa con rapidez para que ella se dedicara a darle placer con la boca. En cuando lo hizo, su verga estaba bien dura y caliente, así que no perdió el tiempo de hacerla que se arrodillara y que lo mirara con esos ojos grandes y perversos.

La energía de Ingrid había cambiado de manera drástica. La chica tímida había quedado atrás y vaya que sí. Ella actuaba con mayor naturalidad y hasta con una soltura que le hacía ver más sensual que nunca.

—Las manos hacia atrás... Así, muy bien. Ahora quiero que me mires. Sí, así.

Ella sacó la punta de la lengua para lamer el glande y comenzar a lamer delicadamente. Cuando lo hizo, sintió que esa misma humedad también se sentía increíble entre sus labios. Poco a poco, comenzó con los besos y luego fue con las lamidas largas, lentas y deliciosas.

Lucien estaba sintiéndose cada vez más y más excitado, así que llevó una de sus manos para sujetarla del cabello con fuerza y así tomarla como si fuera una especie de rienda. La chica no tardó demasiado en que le salieran lágrimas en los ojos y la saliva comenzó a salir por las comisuras de los labios hasta chorrear a su garganta. Sus pechos se movían lentamente, en un vaivén hipnótico.

A lo lejos, Scarlett tenía la necesidad de formar parte de todo aquello, deseaba con todas las ganas el formar parte de esa unión, pero el estar de espectadora hacía que las ganas se le movieran aún más y más en el cuerpo. El coño se le estaba humedeciendo con más violencia y lo pudo notar cuando los hilos comenzaron a salir de allí.

Mientras, Lucien estaba demasiado ocupado recibiendo las lamidas de esa chica, hasta que se hartó y la tomó por el cuello con fuerza. La lanzó sobre la cama e hizo que separara las piernas lo suficiente como para recibir las embestidas que él ya estaba proyectando en su mente.

En cuando lo hizo, acopló su cuerpo con el de ella y sintieron de inmediato el calor de estar juntos. Poco después, introdujo su verga dura entre esas carnes. No faltó demasiado tiempo para que ella comenzara a quejarse y a gemir. Obviamente que le gustaba sentir todo eso.

Ella trató de sostenerse de las sábanas, pero la fuerza que estaba experimentando fue demasiado fuerte como para poder entenderla un poco. A diferencia de la primera vez, se le hizo más difícil encontrar una palabra que pudiera definir lo que estaba sintiendo, pero tampoco quiso

encontrar una en especial porque estaba demasiado ida, casi como si estuviera sumida en una especie de trance.

Cerró los ojos y sólo experimentada cómo él la empalaba de esa manera tan única y tan salvaje, era rico, mágico y adictivo. Luego de un momento, ella cerró un poco las piernas con el afán de sentirlo más cerca de su cuerpo. De esa manera, también sintió cómo él se movía con más fuerza y cómo sus gemidos se escuchaban al mismo tiempo que sus propios ruidos.

Él luego se incorporó un poco para tomarle del cuello y también para comenzar con una serie de cachetas que la descolocaron un poco, pero que le resultaron deliciosas. Nadie le había tratado de esa manera y le encantaba.

La fuerza de las bofetadas parecía ser directamente proporcional a las embestidas que estaba recibiendo. Así de potente eran.

Al cabo de unos minutos, volvieron a cambiar de posición, esta vez, ella en cuatro sobre la cama, con las manos apretadas en las sábanas y con los gritos resonando por toda la habitación. Cuando volvió a empalarla en esa misma posición, sus manos procuraron posicionarse en las caderas de ella para tener buen soporte. Luego, alzó la mirada para ver a Scarlett, quien todavía estaba en la cruz, con esos ojos verdes atentos.

Ella se sorprendió de la intensidad de esa mirada, así como de su nivel de concentración. Él parecía estar atravesándola de alguna manera, desnudándola aún más.

Lucien había aprendido a fragmentar muy bien su concentración en diferentes partes. Eso fue gracias a esas sesiones en donde tenía que hacer lo posible por ocuparse de varias cosas al mismo tiempo, pero sin perder la destreza de hacerlo como debían hacerse. Algo que, sin duda, representaba un verdadero reto para cualquier persona, menos para él.

El hecho fue que hizo ese gesto porque quería dejarle en claro a ella que no la había olvidado y que pronto se iría con ella.

Luego de coger a Ingrid con todas sus fuerzas, sacó la verga para hacer otra cosa. Entonces, fue a buscar un collar con una cadena de metal un poco pesada con la intención de ponérsela en el cuello. En cuando lo hizo, haló la cadena para que ella se arrodillara sobre el suelo.

—Quédate allí y mira al suelo hasta que yo te avise.

Ella se quedó callada, aunque por dentro su cuerpo estaba en llamas y con ganas de más. Lucien entonces comenzó a caminar casi a manera amenazante, pero sensual hacia Scarlett quien tenía babeada casi toda la mordaza de bola y su coño estaba esperando por él de manera ansiosa.

Fue hacia a ella con una amplia sonrisa y comenzó a quitarle los amarres con cuidado para que pudiera acostumbrarse al movimiento poco a poco. Acarició sus muñecas y hasta las besó, mientras ella tenía aún esa mordaza que le impedía decir algo.

—Ven aquí, ven para quitarte esto.

Fue hasta ella para quitarle la mordaza y mientras lo hacía, Scarlett pudo recobrar el movimiento de la mandíbula con cierta dificultad. Su boca aún estaba empapada de baba, pero hizo una serie de movimientos para volver a acostumbrarse a la posición original.

Pero él no quiso esperar demasiado, de hecho, aprovechó para tomarle el rostro con ambas manos y le dio un beso largo, suave y un par de bofetadas suaves que hicieron que ella se sintiera un poco más relajada y hasta atendida.

—Te has portado muy bien allí donde estás, pero vamos ahora a que te consintamos un poco, ¿vale?

Ella no supo muy bien lo que quiso decir, pero le hizo caso con una enorme sonrisa en los labios, a pesar de que sintió un poco de incomodidad al respecto.

Lo cierto es que le tomó la mano y caminaron hacia la cama, a un costado, se encontraba Ingrid, arrodillada y con los ojos fijos en el suelo. Él aprovechó el momento para acariciarle la cabeza un poco para seguir concentrado en Scarlett.

La acostó sobre la cama y de inmediato se acomodó para ir hacia ella, pero de una manera diferente. Llevó su pelvis hacia el rostro de ella y le indicó que tenía que darle sexo oral. Entonces, ella abrió la boca lentamente para recibirlo y sintió el regocijo de tenerlo todo tan duro y tan caliente.

Comenzó a chupárselo con ahínco a pesar de las molestias que sentía en la mandíbula, pero, quería hacerlo lo mejor posible para que él se percatara que ella estaba aprendiendo de la mejor manera posible.

Lucien comprendió que lo estaba haciendo bien cuando ella lograba sonreír de vez en cuando lo miraba a los ojos. Le tomaba por el cabello y el cuello también. La acariciaba, pero también le dejaba en claro que no debía descuidarse demasiado, que ella debía seguir con su labor.

La chupada no pasó demasiado tiempo porque él se aseguró de penetrarla al poco tiempo después. Sin embargo, también tenía la intención de integrar a una entusiasta Ingrid que parecía estar lista para participar.

Así que, como pudo, estiró una de sus manos para tomar la cadena de metal y halar un poco el collar que tenía puesto Ingrid.

—Vamos, súbete.

Ella hizo caso y se trepó sobre la cama como si fuera un gato. Así que esperó un poco más para saber qué tipo de instrucciones debía hacer, hasta que pilló que el centro de atención era Scarlett, así que se inclinó para lamerle el clítoris mientras él seguía follándosela.

Eso bastó para que Scarlett sintiera que su cuerpo estaba a punto de explotar. Sus gemidos se hicieron cada vez más y más intensos.

—Sigue así, buena chica.

Notó que ella ya no podía más, así que instó a la otra para que continuara con las lamidas e, incluso, las mordidas. Luego, se estiró para tomarle uno de los pechos de ella y procedió a apretárselo con un poco de salvajismo. Le encantaba verla tan presa de la excitación, tan incapaz de hacer algo más.

Lo cierto fue que, minutos después, Scarlett se corrió a modo de un poderoso chorro de fluidos. Poco después, los gritos también rompieron el resto de la habitación y tanto Ingrid como Lucien, compartieron una sonrisa a modo de victoria. Lograron el cometido.

Sin embargo, el fin último de cualquier sesión consistía en darle placer a ese hombre para que se encontrara satisfecho. Así que ambas esperaron el momento de recibir más de su semen caliente. Se lamieron las caras, se comieron las bocas, al mismo tiempo que él las estaba viendo.

Terminaron echándose sobre la cama, los tres, entre los mimos y entre las caricias. Ingrid se quedó acomodada entre los brazos de Lucien, mientras que él estaba muy cerca de quedarse dormido. Sin embargo, quien no podía si quiera pensar en dormir era Scarlett. Sintió algo extraño dentro de sí, algo que no podía explicar muy bien.

Admitió que había estado pasando los mejores momentos de su vida, en uno en donde el placer siempre estaba presente y de eso no se podía quejar. Estaba con su pareja y también con un tío que le trataba bien. Pero pareció que no era suficiente. Que le faltaba algo más.

Esperó que los dos se quedaran dormidos y se bajó de la cama, buscó algo para cubrirse y pensó que comiendo un sándwich podría quitarse esa sensación extraña que tenía.

Caminó a hurtadillas por el lugar, procurando tener el máximo cuidado en todos sus pasos.

Encontró la casa completamente vacía, oscura, como si no hubiera algo así. Tuvo una sensación de comodidad, incluso disfrutó ese momento de soledad porque recordó que desde hacía mucho no había experimentado algo así.

Entró a la cocina y comenzó su búsqueda de pan o algo de comida para prepararse algo. Lo estaba haciendo con cierta actitud mecánica, todavía con la cabeza dándole vueltas.

Encontró un pan de brioche que estaba en una panera no muy lejos de allí, también encontró un poco de jamón y queso, pepinillos, mayonesa y sal y pimienta. De hecho, ese sándwich le recordaba cuando se lo hacía su madre cuando esta no estaba llevada por el alcohol.

De hecho, quizás fue uno de esos momentos que eran casi como destellos, instantes que le recordaban que probablemente ella sí la quería de alguna manera, aunque le daba a entender que no.

Espabiló su cabeza para pensar en otra cosa, tenía un problema o, mejor dicho, un asunto verdaderamente interesante. Tenía que ver con el hecho de que estaba sintiéndose un poco particular con todo lo que estaba pasándole con Ingrid y con Lucien.

Se sentó finalmente en la mesa de la cocina para comer el sándwich que le daba igual comer, y abrió la boca sintiendo un poco la molestia que le había quedado remanente de la mordaza de bola. Le causó un poco de gracia y también de sorpresa el poder encontrarse en esa situación. Nunca imaginó que podría llegar a ese punto.

Sin embargo, de nuevo experimentó una oleada de sensaciones diversas. Estar con ellos le recordaba el placer más delicioso que había experimentado jamás. Además, le pareció curioso e interesante que Ingrid se abriera de esa manera tan particular, casi como si estuviera comenzando a vivir su sexualidad con un poco más de libertad y orgullo. Estaba contenta por ella.

Pero, en particular, su proceso le supo muy diferente. Si bien estaba tranquila porque había encontrado refugio, paz, comida y con la compañía que era importante para ella. No podía evitar pensar que tenía ganas inmensas de salir al mundo exterior... Pero sola.

Ese pensamiento le cayó como un balde de agua fría porque se sinceró por primera vez en mucho tiempo. Había tratado de huir de él todo lo que pudo, pero fue inevitable. La inquietud estaba haciéndose cada vez más y más presente y no había forma de negar la situación.

Ingrid se había convertido en una compañera, en amante y en una amiga que fue fundamental para su vida. Era la chica que la hacía sentir segura y también comprendida en muchos aspectos. Provenían de lugares más o menos similares y habían pasado penurias que las obligaron a dejar sus zonas de confort para emprender un viaje a lo desconocido.

Pero en su interior, siempre supo que las cosas tendrían ese término de alguna manera. Sabía que el estar con una chica como ella tendría un término tarde o temprano, y esa sensación la estaba experimentando con más claridad en ese punto. Y daba a entender que no había marcha atrás.

Comía el pan sin prestarle atención a todo lo demás. Tratando de descubrir si lo que estaba experimentando estaba en lo correcto, aunque su instinto le estaba diciendo que iba por buen camino.

En ese momento, escuchó unos pasos justo antes de levantarse para tomar un poco de agua. Giró la cabeza y vio la figura de Lucien que estaba relativamente cerca de ella. Él tenía puesto un pantalón de pijama y estaba sin camiseta a pesar que la noche estaba un poco fría.

—¿Estás bien? —preguntó él genuinamente preocupado.

—Sí, sí. Sólo vine a prepararme algo para comer. Tenía un poco de hambre.

¿Segura? ¿Necesitas algo más?

—No, no. Está bien, ya iba a regresar para descansar.

—Vale, ¿quieres ir al sótano o a otro lado?

—Creo que preferiría ir a otro lugar. En el sótano me siento un poco encerrada.

Lucien no era tonto, sabía que Scarlett era una chica de carácter más duro y tajante, pero esa vez le dio a entender que ella estaba tomando una actitud que predijo un poco. Así que prefirió respetar la necesidad de espacio que ella quería.

—Ven, deja eso aquí que luego se lava. Es tarde y necesitas descansar un poco.

Ambos comenzaron a irse de ese espacio para retirarse en las habitaciones. Fue la primera vez que ella estaba un poco nerviosa porque genuinamente no sabía cómo reaccionaría él al respecto, pero se sintió cómoda cuando estuvo un poco más tranquilo de lo usual.

—¿Sabes que si necesitas algo me puedes avisar sin problema?

—Sí, sí. Sólo necesitaba un poco de tiempo a solas, sólo eso.

—Entiendo perfectamente. Todos necesitamos de estas situaciones para estar un poco más cómodos.

La acompañó hasta una habitación que estaba en la planta superior. Abrió la puerta y dispuso una cama para que pudiera dormir allí con mayor comodidad.

—Estaré pendiente por si necesitas otra cosa.

—Vale, muchas gracias.

Scarlett esperó a que se cerrara la puerta para quedarse sola. Luego, respiró profundo y se percató que era la primera vez en mucho tiempo en que estaba con su propia compañía, sin que nadie la molestara, ni siquiera que durmiera sobre ella. La cama estaba disponible para toda su humanidad, así que aprovechó para estirarse lo suficiente y sentirse en libertad. Estaba tranquila.

Cerró los ojos para abrirlos después y miró hacia el techo blanco y despejado. Sintió que su instinto le estaba hablando con mayor claridad cada vez, así que consideró que su mente se estaba despejando verdaderamente.

IX

En ciertas ocasiones, Ingrid no podía evitar sentirse un poco descolocada en ciertas situaciones. A veces le costaba entender sus propias emociones porque prefería huir de ellas. El temor hacía que se refugiara en otras personas.

Eso la ayudó a sentirse un poco más protegida y cómoda, pero nunca fue capaz de enfrentar por sí sola las angustias ni los temores que sabía que tendría que resolver por su cuenta. De manera, que se hizo experta en obviar todo lo demás... Hasta ese momento.

La aventura que había vivido con Scarlett fue una especie de salvavidas que la ayudó a sentirse mejor consigo misma, incluso le dio la perspectiva de que el amor y el placer podían ir de la mano sin problemas.

Pero se percató que el encuentro que tuvieron con Lucien había cambiado la dinámica que había entre ellas, aunque no sabía si para bien o para mal.

Por un lado, estando con él, descubrió que estaba frente a algo que le daba mucho placer y que la hacía sentir más cómoda en su piel. Por primera vez, no tenía que huir de algo para sentirse bien porque estaba, por así decirlo, apoyada por las instrucciones de Lucien.

Pensó que sabía de qué iba el sexo, pero tenía una forma ingenua de ver las cosas. Obviamente, sabía que eventualmente iba a madurar ese aspecto de sí misma, pero no sabía en cuál circunstancia.

Tuvo que admitir que el estar con Scarlett le dio la oportunidad de conocer emociones de todo tipo. La unión que tenía con ella era única y poderosa, pero algo le decía que podría disolverse en cualquier momento. Sabía que el “para siempre” era un eufemismo de los cuentos de hadas y de las películas románticas de los 90.

Sin embargo, trataba de no pensar en ello porque tenía miedo de sentir que tenía la posibilidad de que saldría perdiendo. Imaginaba su vida sin ella y eso le provocaba un dolor muy grande y difícil de lidiar. ¿Qué sería de su mundo sin esa chica tan resuelta y tan decidida a resolver las cosas?

Pero estando con él, se dio la oportunidad de varias cosas: una de ellas tenía que ver con la soltura de las decisiones, darse rienda suelta a lo que quería para sí misma. Y, en segundo lugar, darse cuenta que el BDSM le gustaba mucho más de lo que había pensado. Incluso, supuso un camino interesante para desenvolverse.

Por un lado eso también le hacía darse cuenta que eso podría significar la separación de una de las personas más importantes de su vida. Pero, ¿de eso no se trataba la vida? ¿De sincerarse y de encontrar un camino por sí mismo?

Durante varios días estuvo pensando en eso mismo. A veces se quedaba en silencio, mirándola desde la distancia, intercambiando una que otra sonrisa, pero nada más. Sabiendo que dentro de sí misma algo le decía con fuerza que esa unión estaba a punto de desaparecer en cualquier momento.

La sensación de soledad le estaba embargando, sintió que en su vida siempre había dependido de otra persona, pero no quería que fuera la regla en la vida de las dos. La quería muchísimo, pero no sabía cuál era la dirección que estaba tomando todo y no podía evitar sentirse un poco temerosa.

Lucien, por otra parte, estaba embebido en los asuntos de trabajo. De a ratos, pensaba en ellas y sabía que la dinámica de las dos estaba transformándose. Sus sentimientos en cuestión también estaban cambiando un poco.

Por un lado, Scarlett le recordaba ese rasgo que tanto le gustaba de las mujeres. Ese ímpetu, ese carácter tan definido y fuerte. Esa actitud de estar segura siempre, aunque pudiera tener un poco de miedo. Le gustaba su cabello corto y la forma en cómo se vestía, el desenfado de su caminar.

Mientras, Ingrid era un contraste interesante. Era delicada, dulce, callada, pero también observadora. Complaciente y sumisa, era obvio que ella era la persona ideal para complacer sus instintos más bajos en cuanto a lo sexual. Tenía todo para entregarse a un hombre y para darle el mayor de los placeres.

Sin embargo, notó que ella estaba en un proceso interesante de autodescubrimiento y quizás tenía que ver con las cosas que habían hecho

entre los tres. Entonces, decidió que podría dedicarse a estar un poco con ella. Tenía ganas de explorarla.

Después de salir del trabajo, Lucien se dedicó a darle instrucciones a Ingrid para que se encontrara con él. Ella, desde el lugar en el que se encontraba, decidió acatar las órdenes de él, tal y como le estaba gustando.

Scarlett notó el nivel de preparación de ella y se dio cuenta que, por primera vez en muchos años, no sintió celos o ganas de desaparecer, sino que más bien agradeció que tendría un poco más de tiempo para ella y para pensar las cosas con un poco más de claridad.

Ingrid se fue con una sensación extraña en el cuerpo, pero con el deseo de volver a encontrarse con él.

Lucien la recogió en su coche y se la llevó lejos de la residencia para llevársela a uno de los lugares más lujosos y exclusivos de la ciudad. Se adentraron entre restaurantes y bares de lujo. Ingrid, aunque estaba fascinada por la situación, no podía dejar de pensar que deseaba estar con él a solas. Lo había esperado por mucho rato.

Él la llevó a un hotel de cinco estrellas. Aparcó el coche y en seguida se encontró con un vedel que apareció para llevarse el vehículo. Luego, los dos caminaron juntos hasta el lobby el cual parecía lleno de gente.

Lucien se adelantó un poco para hablar con la recepción y hablar con unas de las chicas que estaba allí. Luego de pagar, fue hacia donde estaba Ingrid, quien lucía como un ciervo asustado. Él se sintió encantado por ese destello de inocencia que ella tenía y que la hacía ver más dulce de lo usual.

Le tomó de la mano y se la llevó a uno de los elevadores para ir a la habitación. Había reservado la más exclusiva y ya allí tenía unas cuantas cosas que preparó especialmente para ella.

Estaban entre los besos y las caricias cuando llegaron al lugar. La habitación era enorme, con dos áreas y la habitación principal. Un bar, un refrigerador pequeño y una mesa central en la cual reposaba un florero enorme con un arreglo que perfumaba todo el espacio. Las rosas rojas estaban tan mullidas que parecían un jardín de ensueño en sí mismo.

Ingrid no pudo evitar sentirse consentida y también atendida. Él sabía

muy bien cómo tratar a cualquier mujer. Sonrió y se le fue encima como la sumisa niña que era.

-Sabía que te gustaría algo así —y él aprovechó para tenerla entre sus brazos y besarla y excitarla también.

Sintió su cintura y eso fue suficiente para acercarla a su cuerpo y sentir los latidos de su corazón que parecía un tambor dentro de su pecho. Era esa emoción que él mismo compartía cuando estaba con alguien que le parecía interesante.

La miró a los ojos y sintió cómo ella estaba feliz de estar con él, así que eso bastó para que Lucien cambiara la mentalidad y se preparara para quitarle ese vestido ajustado y esa ropa interior de encaje.

Mientras la desvestía, podía notar las notas delicadas del perfume que tenía, así como la suavidad de su cabello. Llevó su boca a la de ella y comenzó a besarla con frenesí, casi como si estuviera poseído por una fuerza que no podía explicar demasiado.

La dejó desnuda y después la llevó a la cama para ir a por ella después. Se veía delicada, dulce y abierta. Ella abrió las piernas para demostrarle que estaba empapada por él. Así que él se le ocurrió algo muy interesante.

Había dejado unas cuantas cosas pendientes en la habitación y fue hacia uno de los cajones y extrajo un pequeño aparatito. Ingrid trató de descifrar de qué se trataba, así que se preparó para sorprenderse con él.

Él le dejó el aparatito justo en el clítoris y esperó un momento para ajustar las velocidades. Ingrid infirió de qué se trataba todo, hasta que sintió los movimientos en sus partes. Casi, casi que comenzó a derretirse un poco.

Abrió la boca para dejar salir unos cuantos gemidos y gritos también, y eso que él no había empezado de verdad. Justo después, Lucien se inclinó hacia a ella para comenzar a lamerla el resto del coño.

Eso bastó para que ella sintiera que iba a despegar como un cohete. Estaba tan excitada que le estaba costando tener las manos presionadas sobre ese aparato. Los ruidos de esa chica eran gloriosos.

Al cabo de poco tiempo, cuando Lucien se percató que ella estaba bien lubricada, se dedicó a quitarse el resto de la ropa para probar con algo más que había reservado para ella. Entonces, apartó el aparato de su coño

y se quedó sólo con el cinto de su pantalón, el cual utilizó como un collar improvisado.

Lo puso en su cuello y ella pareció sentirse a gusto con ese gesto que le daba a entender que ella era una esclava y que tenía que acotar las cosas que él le demandaba. Lucien se echó un poco para atrás con el fin de volver a concentrarse en la imagen que ella le daba con esa belleza que lo aplastaba un poco.

Entonces, volvió a espabilarse para halarle el cinto en el cuello y así hacerla que se bajara de la cama para que le diera placer con la boca.

Ella tomó la postura en el suelo: arrodillada, con la espalda curvada, el cabello echado hacia atrás y la sonrisa amplia que correspondía a alguien que estaba lista para dar lo mejor a la hora de complacer.

Sacó la lengua para lamer un poco, lentamente, y luego tomó los testículos para acariciarlos un poco y también para excitar un poco a su amante. El rostro de Lucien se transformó por completo y ella se percató que por fin estaba entendiendo las cosas.

Siguió con el vaivén y con el esfuerzo que debía hacer para devorar esa polla que estaba tan dura y tan caliente. No pasó demasiado tiempo para que comenzaran a salir unos cuantos hilos de saliva en las comisuras de los labios.

Pero, quizás lo que más le gustaba a él, era el verla tan entregada y tan divina. Lo volvía loco, sin duda alguna. Le provocaba una serie de sensaciones que tenía que controlar porque a veces no sabía qué podía terminar de eso.

El hecho fue que ella siguió lamiendo sin parar, con esmero y con dedicación. Lo hacía despacio, suave, también rudo y salvaje. Le gustaba tener esa verga en su boca y parecía reaccionar bien cuando él halaba el cinto cada cierto tiempo como para recordarle que él era quien tenía el poder.

Al cabo de unos segundos, movió de nuevo el cinto para que ella se pusiera de pie. La hizo caminar hasta que su cuerpo quedara sobre la pared de manera que le diera la espalda.

Ella se dispuso como sabía hacerlo, de manera sensual y bien provocativa. Curvó su espalda y expuso su bello culo a manera que él

debía hacerse cargo de ella. Y, justo en ese momento, a él se le ocurrió una maravillosa idea.

La puso sobre la pared y comenzó a acariciarla poco a poco, con paciencia, pero también con firmeza. Ella se movía lentamente, poco a poco. Respondía a esas caricias de una forma tan dulce y placentera. Le encantaba. Le encantaba que siendo tan joven supiera leer y seguir su propia naturaleza.

Se acomodó tras ella para rozarle la polla. Ella gimió un poco para que el momento se diera de manera interesante. Entonces la penetró de un solo movimiento y aprovechó el instante de esas embestidas, para hacer algo divertido y también un poco arriesgado. Sin embargo, se dio cuenta que podía hacerlo porque ella se había demostrado bien dispuesta.

Le metió la polla tan profunda como pudo y luego bajó uno de sus dedos hasta que quedó en esa misma posición, esperando los gemidos de ella. Una de sus manos se deslizó suavemente sobre su cuerpo y hasta que desembocó en una de sus nalgas.

Aprovechó para apretar un poco y también para dar algunas nalgadas como para no perder la costumbre. Esperó un poco más y comenzó a introducir uno de sus dedos el en ano de ella.

Lo hizo con suavidad, con delicadeza y con delicadeza. Procuró que ella se sintiera cómoda con esa sensación. Ingrid no se esperó la situación le gustara tanto, así que se inclinó un poco más, mientras que él iba metiéndole el dedo cada vez más y más.

Ella sintió una combinación de sensaciones. Era dolor, ardor y también un inmenso placer que no podía dejar de experimentar. Clamaba por ello a un punto en que no pudo ni siquiera tratar de controlar los gemidos que estaban saliendo de su boca.

Lucien, mientras, también se encontraba en un punto en el que tampoco podía medirse demasiado. La tocaba con un poco de brusquedad y también se dedicó a ponerle la mano en el rostro para apoyárselo sobre la pared.

Ella abrió más la boca para dejar salir los quejidos del que era esclava. Mientras, sentía esa polla dentro de su cuerpo. La estaban empalando con una fuerza increíble, al punto en que pensó que se derretiría en cualquier

momento.

La boca de Lucien fue a la altura de la boca de su oreja y ella sintió el calor de su aliento acariciándole esa parte. Se mordió la boca porque ese estímulo la excitaba demasiado, siguió recibiendo las embestidas hasta que llegó al punto en el que no pudo más.

-Córrete.

Ella asintió ligeramente y fue cuando por fin explotó con él aún adentro. Se sintió tan rico, y tan bien. Lucien, en cuanto sacó la verga, se encontró con que estaba empapada, llena de los fluidos de ella. Él se dispuso a masturbarse con violencia porque tenía ganas de correrse en su cara.

La tomó de nuevo por el cinto y la obligó a arrodillarse, sin dejar de tocarse como lo estaba haciendo. De un momento a otro, él se corrió en ese rostro bello y perfecto, y poco después la lengua de ella hizo lo posible por relamerse con gusto, tratando de comerse el semen que había quedado en el rostro.

Se lo comió todo, casi todo y luego sintió las manos de él sobre sus hombros con la intención de subirla y ponerla de pie. Las piernas de Ingrid estaban temblorosas, pero su rostro le dio a decir que ella estaba feliz y complacida.

Lucien la besó en los labios y luego se excusó con la finalidad de buscar algo para limpiarle la cara. En ese momento, Ingrid volvió a pensar que había tenido un encuentro maravilloso con él y que no podía esperar por el próximo.

En el baño, Lucien estaba buscando algo para limpiarle el rostro a su chica. Mientras, alzó la mirada para encontrarse con sus ojos. Se dio cuenta que había tenido una sesión de sexo increíble, pero que tenía ganas de estar con Scarlett. Sintió un poco incorrecto que la deseara así como la estaba deseando.

Salió a encontrarse con ella y la limpió como tenía pendiente. Ella se quedó tranquila, dócil como una dulce muñeca. Al terminar, la peinó un poco y luego hizo que ambos se acostaran sobre la cama.

Ella se acurrucó a su lado y él aprovechó la cercanía para tenerla cerca. Entonces, cerró los ojos y poco a poco se quedó dormido. Luego, se encargaría de darle un polvo más. Una especie de recordatorio de que le

daría tan duro como esa primera vez.

X

El tiempo a solas le dio a Scarlett la oportunidad de salir un rato. No lo había pensado como una posibilidad, pero estaba contenta de poder disponer de su tiempo como le diera la gana.

Entonces, comió algo antes de salir, se puso una chupa un poco mullida y salió a pasear por el barrio. No iría demasiado lejos, sólo le interesaba tomar un poco de aire fresco.

Apenas salió, experimentó una sensación de tranquilidad, como si se estuviera liberando de un peso. Eso la hizo sonreír de inmediato y como estaba de buen humor, comenzó a andar sin tener un rumbo fijo.

Miró las calles que estaban alrededor. Las casas, los coches, y las personas que paseaban a sus mascotas. El lugar estaba en silencio, con el ligero ruido de grillos a lo lejos. Lo que más le agradó, sin embargo, fue el darse cuenta de los parques y las plazas que habían alrededor.

Escogió sentarse en un pequeño banco frente a unos juegos para chicos. Cruzó las piernas y cerró los ojos para relajarse un rato. La noche estaba fría, pero no podía negar que era agradable el tener un poco de paz y de tranquilidad.

Estaba pensando en las cosas que le gustaría hacer. Tenía 18 años, así que se imaginó a sí misma que podría tener el chance de estudiar, de conocer gente interesante, de vivir en un lugar agradable. En fin, de tener una vida más o menos estable.

La idea la estaba seduciendo cada vez más y no podía dejar de pensar en ello por más que quisiera. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue el hecho de que fue incapaz de visualizar todas esas cosas a Ingrid. Siempre la había incluido en sus planes, siempre se imaginó con ella. Pero esa vez ella no estaba en ninguna parte.

De nuevo sintió como una especie de golpe en el corazón, un frío en la espalda que le hizo recordar que su presente estaba cambiando drásticamente. Que las cosas estaban modificando de manera rápida y abrupta y que eso le producía un poco de miedo.

Lo cierto es que esperó un rato largo y se acomodó la chupa. Miró a los lados y se sintió más segura de su decisión más que nunca. Tendría que buscar las palabras adecuadas para hablar al respecto, así como reunir la valentía para tener esa conversación. Lo cierto es que daba la sensación de que no había marcha atrás.

Comenzó a caminar en dirección a la casa y se dio cuenta que aún no habían llegado. Así que se apresuró para entrar, cambiarse de ropa y acostarse en la habitación que le había ofrecido Lucien. De nuevo, tuvo ganas de quedarse sola.

Se quitó la ropa y se quedó en la habitación. Se abrazó a la almohada y cerró los ojos para sentirse cansada. Inesperadamente cansada. Poco a poco su cuerpo se sintió pesado y se olvidó de sí misma en cuestión de minutos.

XI

Lucien e Ingrid regresaron tarde. Ella se fue al sótano como tenía la costumbre de hacer, mientras que él la dejó para irse a su habitación. En cuanto entró, se quitó la ropa para ponerse más cómodo y también porque necesitaba un baño. Tenía ganas de ver a Scarlett.

Luego de un rato, salió medio vestido para asegurarse de que le frío no le atrapara demasiado pronto. Así que, luego de estar alistado, se preparó para caminar por las habitaciones y ver en dónde estaba ella.

Tal y como había esperado, Scarlett se quedó en el mismo lugar de la noche anterior. Lucía muy cómoda y no tuvo ganas de despertarla. Sin embargo, ella captó el movimiento y abrió los ojos con cuidado. Tenía miedo que hubiera sido Ingrid.

—Lo siento, no te quise despertar. Quería saber si estabas bien.

—Hola, sí. Decidí quedarme aquí porque estaba un poco más cómoda que en el sótano.

—Entiendo.

Los dos se quedaron en silencio y justo en ese momento, Scarlett tuvo ganas de estar con él, así que fue levantándose poco a poco de la cama, dejando ver su torso desnudo ante él.

Lucien, sin embargo, no tuvo ganas de domar a nadie, no tuvo ganas de controlar a nadie, sólo quería estar con ella sin demasiadas pretensiones. Así que, a pesar de la tentación, procuró insistir en que se iría para dejarla tranquila.

—No, quédate —respondió ella con un poco de timidez.

Lo cierto es que él se acercó a la cama hasta que se acostó en ella. Estiró una de sus manos para acariciarle el rostro y notó que ella le respondió la caricia. Si bien había decidido hacer su vida en otra parte, en tomar un rumbo diferente, al menos podría regalarse un encuentro como ese por última vez.

Entonces los dos se reunieron en la cama y comenzaron a besarse con suavidad. Los labios de los dos se entrelazaron de manera sensual y hermosa. Sus lenguas también se unieron y sus cuerpos no tardaron demasiado en hacer lo mismo.

Scarlett se sostuvo de él como si no hubiera un mañana. Se pegó a su cuerpo con fuerza, con pasión y con ganas de no desprenderse nunca de él. Estaba tan juntos que pensaron que sus pieles se iban a fundir en una sola.

Siguieron tocándose y atándose hasta que él la tomó desde la cintura, apretándola con fuerza y la alzó de tal forma que hizo que pudiera sentarse sobre su regazo. Ella abrió las piernas para que pudieran acoplarse sin problemas, así que antes de la penetración, los dos se miraron a los ojos y volvieron a besarse con desenfreno.

A pesar del cansancio de Lucien, a pesar de ello, no podía quitarse las ganas de estar con ella y de follarse. Ansiaba sentir su carne, ansiaba hacerla suya y la tomó con un poco más de firmeza para hacerle entender que la extrañaba.

Finalmente, su verga penetró su cuerpo y los gemidos suaves y delicados de ella comenzaron a salir de esa boca. Finalmente quedaron unidos entre sí.

XII

Esa noche fue suficiente para que él entendiera que ya no la vería más. Incluso supuso que ese encuentro sería más que suficiente como para saber que ella tomaría un camino muy diferente y que debía aceptarlo sin más.

Antes de esa despedida tácita, los dos se quedaron en la cama luego de que se corrieran con potencia. Los brazos de Lucien se encargaron de envolver a Scarlett y su aliento reposó sobre su nuca. Lentamente le transmitía la tranquilidad que él sentía en ese momento.

Ese fue el punto coyuntural para Scarlett. De hecho, después de esa vez, le dijo a Ingrid que su vida necesitaba un cambio radical pero que tendría que hacerlo a su manera. Ingrid tuvo la sensación de que ese día llegaría tarde o temprano, así que sólo le bastó por tomarla entre sus brazos, darle un beso y hacerse prometer que la vería en algún momento.

Scarlett estaba resuelta, pero no olvidó dividir el dinero para que Ingrid también tuviera oportunidad de encontrar un sentido en medio de su caos. Ella sabía bien que debía encontrar su camino y que lo mejor que podía hacer era hacerlo sola.

Tomó sus cosas y Lucien aprovechó para darle otro beso. No podía evitar sentirse un poco mal al respecto, sobre todo porque tenía miedo del bienestar de ella.

—¿Estarás bien?

—Seguro que sí. Cuídala.

—Lo haré.

—Gracias por ayudarnos.

Lucien se despidió de ella, no sin antes casi obligarla a que tomara un poco de dinero y que un chófer la llevara a una estación de buses. Lo cierto fue que ella no tenía la más mínima idea de lo que pasaría con ella, pero al menos tenía la motivación suficiente como para encontrar su rumbo.

Su sombra se fue fundiendo en el sol de la mañana hasta que terminó por desaparecer y fue así como Scarlett, la rebelde eterna, se esfumó en búsqueda de su destino.

Ingrid y Lucien se quedaron juntos por un tiempo, manteniendo la dinámica de Dominante y sumisa. Ella aprendió mucho sobre el dolor, el placer y las formas en las que sería siempre capaz de llegar al orgasmo. Entendió mejor su cuerpo de lo que hubiera imaginado jamás.

No obstante, ella también tuvo que buscar un destino por sí misma, así que no pasó mucho tiempo por el que se fuera a emprender su viaje personal.

Mientras se iba, no podía dejar de pensar en Scarlett y en todas las cosas que habían vivido juntas. Gracias a ella, comprendió que debía ser una chica valiente y capaz de entender sus propias necesidades sin dejarlas de lado, su propia compañía era vital y compleja, así que tenía que entenderla lo mejor posible.

Lucien, por su lado, sabía que nunca sería capaz de olvidar esos días que estuvo con esas desconocidas. Días que disfrutó y se convenció de los deliciosos placeres de la lujuria.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer ;)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo — Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada — Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Sumisión Total — Alba Duro](#)

[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)

[\(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!\)](#)

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un

verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.